



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—¡Doscientos mil piastras! (1)—dijo Keraban.

—¡Pero yo no me he rendido!

—¡Ya valía la pena!

—Y despues—repuso Van Mitten—he partido no sin haber dado órdenes para dividir mi parte de fortuna y enviarla al Banco de Constantinopla. Despues he huido de Rotterdam con mi fiel Bruno, decidido á no entrar en mi casa hasta que la señora Van Mitten la abandone.... para ir á un mundo mejor....

—¿Ó no arranque tulipanes!—dijo Ahmet.

—Y bien, amigo Keraban—repuso Van Mitten—¿babeis tenido muchas terquedades que os hayan costado doscientos mil piastras?

—¿Yo?—respondió Keraban, ligeramente picado de la observacion de su amigo.

—¡Verdaderamente—dijo Ahmet—que mi tío las ha tenido, y por mi parte conozco una!

—¿Cuál?—preguntó el holandés.

(1) Cerca de 50,000 francos.

—¡Esta terquedad que le obliga, por no pagar diez paras, á dar la vuelta al mar Negro, le costará mucho más caro que el acontecimiento de vuestros tulipanes!

—¡Costará lo que costará!—respondió el señor Keraban con un toco seco—; pero encuentro que mi amigo Van Mitten no ha pagado su libertad muy cara! ¡Hé ahí lo que es no tener más que una mujer! ¡Mahoma conocía bien á ese sexo encantador cuando permitía á sus adeptos tener tantas como quisiesen.

—¡Cierto!—respondió Van Mitten.—¡Creo que diez mujeres se gobiernan mejor que una sola!

—Lo que más fácil es todavía—añadió Keraban—respecto á moralidad, es no tener ninguna mujer. Despues de esta última observacion la conversacion no siguió su curso.

El carruaje llegaba entónces á una casa de postas. Se relevó y anduvieron toda la noche. A la mañana siguiente, hácia el mediodía, los viajeros, bastante

Intigados, pero á instancias de Aluuet, decididos á no perder una hora, despues de haber pasado por Bolschi-Kopani y Kofantschak, llegaban á la provincia de Perekop, en el fondo del golfo de su nombre, en la confluencia misma del istmo que une á la Crimea con la Rusia Meridional.

XIII.

EN EL QUE ATRAVIESAN OBLICUAMENTE LA ANTIGUA TAURIDA, Y SE DA Á CONOCER EL GÉNERO DE ANIMALES QUE ARRÁSTAN EL CARRUAJE.

¡La Crimea! ¡ El Quersoneso táurico de los años



Era una verdadera lluvia de cebollas de tulpanes.

guos, un cuadrilátero ó, mejor dicho, un rombo irregular, que parece haber sido arrancado de las más encantadoras campiñas de Italia; una península de la que Fernando de Lesseps haría una isla de dos tajos de cortaplumas; un rincón de tierra que fué el objetivo de todos los pueblos, envidiosos en disputarse el Imperio de Oriente; un antiguo reino del Bósforo, sometido sucesivamente por los Heráclidos, seiscientos años ántes de la Era Cristiana; despues por Mitridates, los alanos, los godos, los hunnos, los húngaros, los tártaros y los genoveses; una provincia, en fin, de la que Mahomet II hizo una rica dependencia de su Imperio, y que Catalán II unió definitivamente á la Rusia en 1791!

¿Cómo aquella comarca, bendita por los dioses y disputada por los mortales, habria podido escapar al enlace de las leyendas mitológicas? ¿No se ha pretendido volver á ver en los pantanos de Sivach huellas de los gigantesos trabajos de aquel problemático pueblo de los Atlantes? ¿ Los poetas de la antigüedad no han colocado la entrada de los Infiernos cerca del cabo Kerberian, cuyas tres moles simulaban el canchero de tres cabezas? ¿ Ifigenia, la hija de Agamemnon y de Clytemnestra, que llegó á ser sacerdotisa de Diana, en Taurida, no fué con el fin de inmolar á la casta diosa su hermano Orestes, arrojado al aire en las riberas del cabo Parthenium?

Y sin embargo, la Crimea, en su parte meridional.

que vale más ella sola que todas las áridas islas del archipiélago, con el Tchadir-Dagh, que muestra á quinientos metros de altura su meseta, en la que se podría organizar un festin para todos los dioses del Olimpo; sus anfiteatros de bosques, cuyo manto de verdura se extiende hasta el mar; sus manojos de

castaños salvajes, cipreses, olivos, árboles de Judea, almendros; sus cascadas cantadas por Pouschkine, ¿no es el más bello panorama de aquella corona de provincias, que se extiende desde el mar Negro al mar Ártico? ¿No es bajo su clima vivificador y templado donde los rusos del Norte, como los rusos del



Yalta (Crimea).

Sur, van á buscar, los unos refugio contra los rigores del invierno hiperboreal, los otros un abrigo contra las calurosas brisas del verano? ¿No es allí, al rededor del cabo Aia, frontal del ariete, sobre el que se estrellan las olas del Puente Euxino, en la extremidad sur de la Taurida, donde se han fundado colonias de palacios, casas de campo, granjas; Yalta, Alompka, que pertenecen al príncipe Werousow, mansion feudal por el exterior, sueño de una imaginación oriental en el interior; Kisil-Tasch, que pertenece al conde Poniatowski; Artek, al príncipe André Galitzine; Marsanda, Órcanda, Eriklik, propiedades imperiales; Livadia, admirable palacio, con sus caprichosas fuentes, sus bonitos torrentes, sus jardines

de invierno, retiro favorable de la Emperatriz de todas las Rusias?

Ademas, el espíritu más curioso, más sentimental, más artista, el más romántico, encontraría donde satisfacer sus aspiraciones en aquel rincón de tierra, verdadero microcosmo en el que Europa y Asia se dan cita. Allí se reúnen pueblos tártaros, pequeñas provincias griegas, ciudades orientales con mezquitas y minaretes, y dervis, monasterios del rito ruso, serallos de khaus, tebaidas donde han llegado á efectuarse algunas románticas aventuras, lugares santos desde donde irradian las peregrinaciones; una montaña judía que pertenece á la tribu de los Karáites, un valle de Josafat, cavado como una sucursal del

celebre valle del Cedron, donde millares de justicieros deben reunirse al són de las trompetas del juicio final.

¡Cuántas maravillas hubiera ido á visitar Van Mitten! ¡Cuántas impresiones que aminorar en aquel país, á donde le llevaba su extraño destino! Pero su amigo Keraban no viajaba para ver, y Ahmet que, por otra parte, conocía todos aquellos esplendores de la Crimea, no le hubiera concedido ni una sola hora para tomar unos cuantos detalles.

—Pueda ser que, después de todo — se decía Van Mitten — me sea posible, al pasar, recoger una ligera impresión del antiguo Quersoneso, tan justamente alabado.

No debía ser así. El carruaje se dirigía por el camino más corto, siguiendo una línea oblicua del Norte al Sudoeste, sin tocar ni en el interior ni en la costa meridional de la antigua Taurida.

En efecto, el itinerario, tal como se siguió, había sido decidido en un consejo, en el que el holandés no había tomado parte. Si, atravesando la Crimea, se conmemoraba la vuelta al mar de Azof (que habría aumentado ciento cincuenta leguas, lo menos, aquel circular viaje), se ganaba todavía una parte de trayecto, cortando en línea recta á Perokop hasta la península de Kertsch. Después, por el otro lado del estrecho de Yenikalé, la península de Tauran ofrecería un regular trayecto hasta el litoral caucásico.

El carruaje se deslizó sobre el estrecho istmo, de donde pende la Crimea como una magnífica garbaja de una rama del naufragio. Á un lado se encuentra la bahía de Perokop; al otro, los pantanos de Sivach, más conocido con el nombre de mar Pótrido, vasto estuario de dos mil metros cuadrados, alimentado por las aguas de la Taurida y por las aguas del mar de Azof, á los que el curso de Ghénitché sirve de canal.

Al pasar los viajeros pudieron observar al Sivach, que no tiene más que un metro de profundidad como término medio, y cuyo grado de salazón está casi á punto de saturación en algunos sitios. Y como en aquellas condiciones la sal cristalizada empieza á depositarse naturalmente, se podría hacer de aquel mar Pótrido una de las más productivas salinas del globo.

Es necesario decir que al recorrer el Sivach no es nada agradable al olfato. La atmósfera se mezcla con cierta cantidad de ácido sulfúrico, y los pescados que penetran en aquel lago encuentran en seguida la muerte. Este lago es equivalente al de Asphaltite en la Palestina.

En medio de aquellos pantanos se destaca el ferrocarril, que desciende desde Alexandroff á Selmetopol. Así es que el Sr. Keraban pudo oír con horror los ensordecedores silbidos que lanzaban, durante la noche, las ruidosas locomotoras, corriendo sobre los raíles, que tiran á veces las catagostas y pesadas aguas del mar Pótrido.

Á la mañana siguiente, 31 de Agosto, durante el trayecto, el camino se desenvolvió en medio de una verde campiña, sobre la que se destacaban verdaderos ramilletes de olivos, cuyas hojas, volviéndose al impulso de la brisa, parecían moverse como inapul-

sadas por una lluvia de azogue; cipreses de un verde que se aproximaba á negro, magníficos robles, y árboles de grandes dimensiones. Sobre todo, á los lados, se encontraban dos líneas de cepas que producen, sin ninguna inferioridad, tanto vino como algunas viñas de Francia.

Sin embargo, bajo las investigaciones de Ahmet, y gracias á los puñados de rublos que prodigaba, los caballos estaban siempre dispuestos á engancharse al carruaje, y los postillones, estimulados de la misma manera, se dirigían por el camino más corto. Por la tarde habían pasado al pueblo de Dorte, y algunas leguas más allá volvieron á encontrar las orillas del mar Pótrido.

Por aquel sitio la curiosa laguna no se separa del mar de Azof más que por una lengua de tierra poco elevada, formada por un montón de conchas y moluscos, cuya extensión puede ser evaluada á un cuarto de tierra.

Aquella lengua se llama la flecha de Ambat. Se extiende desde la provincia de su nombre, al Sur hasta Ghénitché, al Norte (en tierra firme), cortada solamente en aquel sitio por una abertura de trescientos pies, por el cual penetran las aguas del mar de Azof, como más arriba dijimos.

Al despuntar el día, el Sr. Keraban y sus compañeros se vieron rodeados de húmedos vapores, densos, malsanos, que se disiparon lentamente bajo la acción de los rayos solares.

La campiña estaba ménos poblada de árboles, y, por lo tanto, más desierta. Veíase pacer en libertad inmensos dromedarios, lo que hacía parecer aquella comarca á un desierto árabe. Las carretas que pesaban, construidas de madera, sin un solo trozo de hierro, ensordecían el aire al rechinar sobre sus ejes untados de grasa. Todo aquel aspecto era bastante primitivo; pero en las casas de los pueblos y en sus aislados cortijos se encuentra todavía la generosidad y la hospitalidad tártara. Cualquiera puede entrar, sentarse á la mesa del dueño, atacar á todos los platos que incesantemente se sirven, comer con todo el apetito que se tenga, y beber á su gusto, é irse tranquilamente, dando por toda retribución un simple «Gracias».

No por esto los viajeros abusaron jamás de la sencillez de aquellas antiguas costumbres, que no tardarían en desaparecer.

Por la noche el carruaje, cuyos caballos estaban extenuados por un largo trayecto, se detuvo en el pueblo de Arabat, en la extremidad Sur de la flecha.

Allí se eleva una fortaleza, al pie de la cual las casas se levantan revueltamente. En resumidas cuentas no había más que manojos de hierbas aromáticas, que son verdaderos nidos de culebras, y campos de sandías, cuya recolección es en extremo abundante.

Erán las nueve de la noche cuando el carruaje se detuvo delante de una posada de bastante mezquina apariencia. Pero es necesario convenir que era el mejor del pueblo. En aquellas perdidas regiones del Quersoneso no convenía mostrarse muy delicado.

—Sobrino Ahmet — dijo el Sr. Keraban — ya hace

muchas noches y muchos días que corremos sin detenernos en otra parte que en los relevos de postas. No me disgustaría extenderme algunas horas en una cama, aunque fuese de una posada.

—Y á mí me agradaría mucho—añadió Van Mit-ten, irguiéndose orgullosamente.

—¡Cómo, perder doce horas!—exclamó Ahmet.
—¡Doce horas en un viaje de seis semanas!

—¿Quieres que entablemos una discusión sobre ese punto?—preguntó Keraban con aquel tono algo agresivo que le caracterizaba.

—¡No, tío, no!—respondió Ahmet.—Desde el momento en que tenéis necesidad de reposo.....

—¡Sí! tengo necesidad, lo mismo que Van Mit-ten, y Bruno spongo, y aun Nizib, que no pedirá nada ménos!



Atompka (Grinoo).

—Señor Keraban—respondió Bruno directamente interpelado—yo admiro esa idea como una de las mejores que vos habeis tenido, sobre todo si una buena comida nos prepara un buen sueño.

La observacion de Bruno venia muy á propósito. Las provisiones del carruaje estaban casi agotadas. Lo que quedaba en los cofres importaba no tocarlo, ántes de haber llegado á Kertsch, ciudad importante de la península de su nombre, donde podían ser abundantemente renovadas.

Desgraciadamente, si las camas de la posada de Arabat eran poco convenientes, aun para los viajeros de su importancia, la repostería dejaba aun más

que desear. No son muchos los viajeros que en cualquier época del año se aventuran en los confines de la Taurida. Algunos que otros negociantes de salinas, cuyos caballos y carretas frecuentan el camino de Kertsch á Perekop, tales son los principales parroquianos de la posada de Arabat, gentes poco delicadas, que saben dormir en el suelo y comer lo que se encuentra.

El Sr. Keraban y sus compañeros debieron contentarse con una mezquina colacion, á saber: un plato de *pilaw*, que es el manjar nacional, pero con más arroz que pollo, y con más escuálidos huesos que con blancos alones. Por otra parte, aquel volátil

era viejo, y por demás duro, que resistió hasta el mismo Keraban; pero los sólidos molares de aquel testarudo personaje dieron cuenta del coriáceo pollo y en aquella ocasión no cedió más que de costumbre.

A aquel plato reglamentario sucedió una verdadera cazuela de *yucurtz* ó leche cuajada, que vino muy á propósito para facilitar la deglución del *pilaw*; después trajeron galletas, bastante apetitosas, conocidas en el país con el nombre de *kallamas*.

Bruno y Nizib fueron peor servidos, ó no les alcanzó tan buen reparto. Lo cierto es que sus mandibulas no hubieran tenido inconveniente en destruir un pollo, pero no se les presentó ocasión de hacerlo. El *pilaw* fué sustituido en su mesa por una especie de sustancia oscura, alumada como una placa de chimenea que hubiese permanecido largo tiempo en el fondo del hogar.

—¿Qué es esto?—preguntó Bruno.

—No sabría decirlo—replicó Nizib.

—¿Cómo, vos que sois del país?....

—Yo no soy del país.

—¡Muy cerca, puesto que sois turco!—respondió Bruno.—Pues bien, camarada, probad un poco de esta desecada suela, y me direis á lo que sabe.

Nizib, dócil como siempre, mordió con fuerza en el pedazo de dicha suela.

—¿Y bien?....—preguntó Bruno.

—¡Y bien, ciertamente no es buena, pero se deja comer la misma!

—Sí, Nizib, especialmente cuando uno se quiere de hambre, y no hay otra cosa que ponerse entre los dientes.

Y Bruno probó á su vez, decidido por no adelgazar, á aventurar el todo por el todo.

En suma, aquello podía pasar, ayudado por algunos vasos de una especie de cerveza alcoholizada, y así lo hicieron los dos convidados.

Pero repentinamente Nizib exclamó:

—¡Ah! ¡Allah me ayude!

—¿Qué os pasa, Nizib?

—¿Si lo que yo he comido era de puerco?....

—¡De puerco!—replicó Bruno. ¡Ah!, es justo eso, Nizib! Un buen musulmán como vos no puede alimentarse de ese excelente pero inmundo animal. Pues bien, me parece que si esta sustancia desconocida es de puerco, no tenéis más que hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Digeridla tranquilamente, puesto que ya la habéis comido.

No por esto dejaba de inquietarse Nizib, gran observador de las leyes del profeta, y como él sentía que tenía la conciencia profundamente turbada, Bruno creyó deber informarse acerca de lo que se comió aquella sustancia.

Nizib entonces se convenció y dejó efectuar la digestión sin ningún remordimiento. Aquello no era tampoco carne, era pescado, el *shebac*, una especie que se divide en dos como el bacalao, que se seca al sol, y se le cura suspendiéndole encima del hogar; que se come crudo ó poco ménsa, y del que se hace una exportación considerable para todo el litoral de Ros-

tow, situado en el interior de la extremidad Norte del mar de Axof.

Señores y criados debieron contentarse con aquella mezquina comida de la posada de Arabat. Las camas les parecieron más duras que los asientos del carruaje; pero sin embargo, no estaban sometidos á los vaivenes y sacudidas de un camino, no se movían, y por lo tanto, el sueño que conciliaron en sus poco confortables lechos, fué suficiente para reponerlos de sus precedentes fatigas.

Á la mañana siguiente, 2 de Setiembre, desde que despuntó el día, Ahmet se hallaba ya en pié, ocupándose en buscar la casa de postas para relevar los caballos. El tiro de la víspera que había marchado por una estepa larga y muy desigual, no hubiera podido ponerse en camino sin tener, por lo ménos, veinticuatro horas de descanso. Ahmet contaba con llevar el carruaje y los caballos de refresco á la posada, con el fin de que su tío y Van Mitten no tuviesen más que montar para seguir el camino de la península de Ker-tich.

La casa de postas se encontraba allí en la extremidad del pueblo; adornaban su techo extrañas vigas, casi semejantes en su forma al mástil de un velon, en cuanto á los caballos de refresco, no había ni rastro de ellos. La cuadra se hallaba vacía, y aun á precio de oro el dueño no la hubiera podido proveer de ellos. Ahmet, muy desalentado á causa de aquel contratiempo, volvió á la posada. El señor Keraban, Van Mitten, Bruno y Nizib, dispuestos ya á partir aguardaban á que el carruaje llegase. Entónces uno de ellos (inútil es decirlo) empezaba á dar visibles señales de impaciencia.

—¿Y bien, Ahmet—exclamó—vuelves solo? ¿Es necesario que vayamos á buscar el carruaje al relevo?

—Sería desgraciadamente inútil, tío—respondió Ahmet.—No hay ni un solo caballo.

—¿No hay caballos?....—dijo Keraban.

—Y hasta mañana no los podremos tener.

—¿Mañana?....

—¡Si; son veinticuatro horas las que perderemos!

—¡Veinticuatro horas que perder!—exclamó Keraban—yo espero no perder ni diez, ni cinco, ni una.

—Sin embargo—observó el holandés á su amigo que ya empezaba á alborotarse—¿si no hay caballos?....

—Habrá—respondió el señor Keraban.

Y á una señal todos le siguieron.

Un cuarto de hora más tarde llegaban al relevo y se detenían á su puerta.

El dueño se hallaba en el dintel, con la negligente actitud de un hombre que sabe perfectamente que no se le podrá obligar á dar lo que no tiene.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

Á primera vista nada justificaba el grito del fugitivo y su esperanza de aplacar el hambre. Avanzó, sin embargo, tan deprisa como se lo permitían sus heridas, llegó cerca del tronco del árbol, y separó con la punta de su machete las hojas secas que formaban una espesa capa sembrada de flores y frutos caídos del árbol.

La hoja de su arma tropezó con un cuerpo duro.

—Ved—dijo—que mis compañeros no se engañaban. Si durante mi cautividad he oído cosas extrañas y horribles, también he sabido otras que eran muy útiles.

Me acuerdo de aquella última recomendación dirigida por su vecino á uno de los que también apreciaban la loca idea de alcanzar la libertad: « Si encuentras en los bosques un simaruba, cuyas flores se desprenden, busca al pié del árbol, pues encontrarás seguramente tortugas de tierra, que apetecen mucho el fruto que comienza á desarrollarse. »

El cuerpo duro contra el cual chocó la hoja de su machete era el caparazon de una de esas grandes tortugas que se encuentran en aquellos sitios en cantidades increíbles.

Cogió al quelónido, volvióle patas arriba y continuó sus investigaciones, encontrando otras dos, disponiéndose en seguida á preparar su almuerzo.

Esto fué muy sencillo. La madera seca abundaba por todas partes. Velanse esparcidos en el suelo inmensos troncos que se secaban, y que á impulsos del más ligero choque caían convertidos en polvo (verdadero receptáculo de arañas, de culebras y de ciempiés), grandes cantidades de hojarasca de amaras, gruesas ramas derribadas por el huracán y porción de hierbas secas.

Preparó una buena hoguera, y á costa de infinitos trabajos consiguió encender lumbre con auxilio de un pedazo de tela y de un pedernal golpeado con su machete. Brotó la llama, haciendo huir á una legión de insectos.

Los preparativos no fueron largos ni difíciles. La tortuga fué colocada en su caparazon sobre un lecho de ascuas y cubierta de rescoldo, procedimiento indígena muy sencillo y que evita el uso de un material embarazoso.

Mientras que el almuerzo cocía á fuego lento no permaneció Robin inactivo.

De pronto creyó divisar algunos hermosos árboles de la familia de las palmeras, pero mucho menos elevados que sus congéneres de las zonas cultivadas, pues no llegan á tener cinco metros de altura. No se había engañado. Á cincuenta pasos crecía uno de aquellos vegetales, cuyo follaje verde oscuro quitaba agradablemente la monotonía de las largas líneas formadas por los troncos de los grandes árboles.

Aquella palmera, estéril en la apariencia, no tenía flores ni frutos. Sin embargo, Robin se puso á cortarla, y lo consiguió despues de media hora de esfuerzos sobrehumanos. Aunque el tronco es poco más grueso que un muslo, la sustancia cortical se halla constituida por fibras tan resistentes que se necesita para cortarla un brazo vigoroso y un instrumento de temple excepcional.

Todos mis lectores habrán oído hablar del sagú ó palma de palmitos, y conocerán la descripción de un ramo de hojas tiernas, formado por los retoños del árbol y remidas en haz en el centro de las que despues de su crecimiento han adquirido consistencia leñosa.

Esa descripción, verdadera en el fondo, es bastante insuficiente para hacer creer que este cogollo tiene alguna analogía con el del *brassica campestris* ó coco común, y que no hay sino cortarle como hace una buena cocinera antes de ponerle en la olla.

Hay que desengañarse. Este cogollo, puesto que le hay, no es uno. Para convencerse basta seguir atentamente la maniobra de nuestro héroe.

Robin despojó de sus ramas la copa del árbol á fin de no conservar más que el tronco, cuyo vértice presentaba un abultamiento algo más grueso que el vástago. Hecho esto descortezó la base del pedúnculo de las hojas sobrepuestas en la cabeza.

Las primeras cortezas concéntricas, de color verde pálido, cayeron una despues de otra, y luego apareció una sustancia de forma cilíndrica, de ochenta centímetros de longitud, del volumen de un brazo y lisa como el marfil, cuya blancura mate poseía.

El fugitivo, atormentado por el hambre, arrancó un trozo de aquella sustancia y la devaró con ansia, así como una gruesa almendra, con la que tiene algunos puntos de semejanza.

Este alimento no nutre, pero impide morir de hambre en algún tiempo. Al núcleo central se le da el

nombre de palmito. El que Robin, después de haber cesado á su primer movimiento, llevó cerca de la hoguera, está producido por el *patava*. Mucho ménos sabroso que el anterior, que, después de todo, es un manjar poco agradable, el *patava* es el palmito del pobre, el último é insulsiamente recurso de los mercedarios de los bosques.

Ya estaba usada la tortuga. Un agradable aroma de fritera se exhalaba de las carbonizadas cochas que el calor empezaba á cuartear. Nuestro héroe la quitó del fuego, la abrió sin trabajo, se sentó, y sirviéndose del blanco fruto del *patava* como de pan, dió principio á su frugal comida.

Entregado á aquella operación reparadora de sus fuerzas, más bien devoraba que comía, olvidando su fuga y los peligros que lo rodeaban.

Un agudo silbido le hizo dar un salto. Una cosa larga y rígida pasó por delante de sus ojos y fué á clavarse tendiéndose en la lisa corteza del simaruba.

Era una flecha de más de dos metros, gruesa como un dedo, y cuya extremidad guarnecida de plumas rojas oscilaba rápidamente.

Robin asió su cluzo y se preparó á la defensa, mirando fijamente al punto de donde llegaba aquel mensajero de muerte. Al pronto no vió nada; luego apartáronse los bejucos suavemente, como si fuera una cortina, y apareció un piel roja, con su arco tendido, los brazos en contracción, las piernas separadas, y dispuesto á lanzar una nueva flecha, cuya punta amenazaba al deportado.

Éste comprendió que estaba á merced del recién venido. Era imposible oponer resistencia á aquel salvaje, que, inmóvil como una estatua de pórfido rojo, parecía, por un refinamiento de crueldad, buscar sitio adecuado para herir. En efecto, la punta se movía de alto abajo, de derecha á izquierda, luego quedaba quieta, pero sin dejar de apuntar infaliblemente al pecho del blanco.

El indio, casi desnudo, llevaba por todo vestido un pedazo de indiana azul atado á la cintura, pasando entre los muslos y subiendo hasta los hombros. Esto es lo que se llama el *calimbé*.

Todo su cuerpo, untado de achiste, parecía salir de un baño de sangre. Algunas líneas extrañas, trazadas por el pincel con el jugo del *genipa*, en el pecho y la cara, le daban un aspecto grotesco y terrible á la vez. Sus largos cabellos de color negro azulado, cortados por delante al nivel de las cejas, le caían por detrás hasta los hombros.

Llevaba un collar hecho de dientes de jaguares y brazaletes de garras de armadillo.

Su arco de madera de hierro, de dos metros de altura, llegaba hasta el suelo, pasando unos treinta centímetros sobre la cabeza del salvaje. Por último, en la mano izquierda, que también sujetaba el arco, tenía tres flechas desmesuradas.

Robin no se explicaba aquella agresión brutal. Los habitantes de la ribera del Maroni, los *gullib*, son generalmente inofensivos; tienen relaciones muy pacíficas con los europeos, que les proporcionan aguardiente á cambio de objetos de primera necesidad.

¿Había querido el piel roja amedrentarle, cuando

le lanzó la flecha? Era probable, pues es tal su habilidad en el manejo del arco, que matan á un mono encaramado en la copa de los árboles más altos. La mayor parte atraviesan sin dificultad un limón fijo á treinta pasos con la punta de una flecha.

No había motivo para suponer que hubiera podido errarle á una distancia relativamente tan corta.

Robin se decidió á dar pruebas de su audacia, y arrojando lejos su cluzo, se cruzó de brazos, miró á su enemigo y avanzó lentamente.

Á medida que se acercaba al indio, el brazo de éste que estiraba el arco se dobló poco á poco, extinguéndose la mirada de sus ojos negros y entornados como los de los ciegos. El pecho del blanco llegó á tocar la punta de la flecha, que se bajó en el momento.

—El tigre blanco no tiene miedo—dijo al fin con algún esfuerzo el *gullib*, empleando el *patá* oriollo, familiar á los de su raza, así como á los negros ribereños del Maroni.

—No, no tengo miedo. Pero no soy un tigre blanco. (Ya hemos dicho que con este nombre designan los salvajes de la Guayana á los forzados fugitivos.)

—Si no eres un tigre blanco, ¿qué haces en el territorio del pobre indio?

—Soy un hombre libre como tú. No hago daño á nadie. Quiero vivir aquí, desmentar, hacer mi cerado, y construir mi cabaña.

—¡Oh! Tú mientes.... Si no eres forzado, ¿por qué no tienes fusil?

—Te lo juro por mi madre, ¿oyes, Kalina? (Kalina es el nombre que se dan los indios.) ¡Te juro que no he cometido ningún crimen! ¡No he matado jamás á nadie! ¡No he robado nunca!

—¡Has jurado por tu madre! está bien, te creo.... ¿Por qué no estás al lado de tu mujer, de tus hijos?... ¿Por qué vienes al territorio del indio para ocupar su suelo y hacer tu cabaña? Atucka no quiere.... Vete con los blancos.

Al recuerdo querido de su mujer y de sus hijos, tan duramente evocado por el piel roja, que le censuraba por no hallarse junto á ellos, sintióse Robin ahogado por una ola de lágrimas.

Mantúvose firme, sin embargo, pero que el indio no adivinase su emoción, y respondió:

—Mi mujer y mis hijos son pobres, y estoy aquí para darles abrigo y alimentos.

—¡Atucka no quiere!—replicó el indio con acento colérico. Él no va con los blancos á tirar flechas al Kumari, á edificar su cabaña ni á plantar su hierba. Que el hombre blanco permanezca en su país y el indio en el suyo.

—Pero, vamos, Atucka, nosotros somos hombres.... La tierra es mía aquí, como la de mi país es tuya.

—Mueve la tierra con tu machete, y encontrarás los huesos de mi padre, los de los indios mis antepasados.... Si tú encuentras los huesos de un solo blanco, te doy toda la tierra y me convierto en perro tuyo.

—Pero, Atucka, yo no he dicho nunca que quería establecerme en tu país. Pienso ir con los negros bo-

nia. Estoy aquí de paso y no quiero detenerme mucho tiempo.

Al oír estas palabras, y á pesar de toda su astucia y de su dominio sobre sí mismo, no pudo contener el indio un vivo movimiento de contrariedad.

Toda aquella larga tirada patriótica, aquel pomposo aparato de sentimiento filial, todo, hasta aquella tentativa de intimidación verificada al lanzar la flecha, tenía un solo objeto y de importancia muy secundaria. Pronto se conocerá.

Subitamente desapareció la expresión airada de su rostro, pero no tanto que pasase desapercibida para Robín.

— Si tú no eres un tigre blanco, ven conmigo á Bonaparte — dijo recobrando el tono.

Encontrarás allí hombres blancos, una cabaña, carne, aguardiente, bebida....

Al nombre de Bonaparte, que no esperaba oír en tal sitio ni de tal boca, levantó Robín los hombros. Luego se acordó de pronto de que el presidio se llamaba San Lorenzo, desde algunos años ántes, por el nombre del almirante Baudín, gobernador de la Guayana.

Aquel territorio estuvo ocupado durante más de treinta años por un indio viejo, apodado Bonaparte: De aquí la denominación de punta de Bonaparte dada á aquella zona de tierra que está á lo largo del Marouí, y donde se halla en la actualidad el municipio de San Lorenzo.

El indio no había obrado con malicia; pero es preciso reconocer una vez más que la casualidad verifica á veces singulares aproximaciones.

— Verémos — dijo evasivamente Robín.

La rigidez del indio cesó de repente. Puso cerca del hombre su arco y sus flechas, como un soldado cuando descansa el arma, alargando con aparente y acaso poco sincera cordialidad su mano al fugitivo.

— Atucka quiere al tigre blanco.

— Si te empeñas en seguir llamándome así, sea. Mejor fuera otro. Tigre blanco es el *banaré* (compañero) de Atucka; ven á comer conmigo lo que me queda de la tortuga.

El indio no se hizo repetir la invitación. Púsose en cuchillas sin cumplimiento alguno, y puso en tal ejercicio sus manos y sus mandíbulas, haciendo caso omiso de su compañero, que al poco rato no quedó más que el caparazon limpio como por una tribu de hormigas maníoc.

La comida, colocada de cualquier manera sobre un fuego mal dispuesto, había adquirido un fuerte olor á hongo, que no preocupó en lo más mínimo al gloton.

— ¡Oh! — dijo á modo de gracias — ¡tú sabes guisar!....

— Ya era tiempo de que lo advirtieras.... Pero aún me quedan dos tortugas, y esta noche verémos tu talento culinario.

— ¡Ah, compañero! ¿tienes dos tortugas?....

— Sí, las tengo.

— Bueno.

Luego, observando que su nuevo *banaré*, después de apagar su sed en la caleta, se disponía para dor-

mir, le dijo con sencillez acento de ardiente ansia:

— Tú no has dado aguardiente á Atucka.

— No tengo.

— ¿No tienes? Quiero ver lo que hay en la caja.

El contenido de la misma se podía examinar en poco tiempo. Una camisa de hilo grueso, el frasco que contenía el aguardiente, vacío, y que el salvaje humeó con la avidez de un mono; las pancojas de maíz, algunos pedazos de papel blanco, el estuche que contenía la tela calcinada, la yesca del potro, y hé aquí todo.

Atucka no pudo disimular su disgusto.

Robín, rendido por la fatiga, comprendía que empezaba á dominarle el sueño. El piel-roja se acurrucó poniéndose á cantar una larga y plañidera melopea. Celebraba sus hazañas.... refería que sus cereales estaban llenos de batatas, de bananos y de mijo.... su cabaña era la mayor, su mujer la más hermosa y su piragua la más rápida.

Nadie apuntaba al Kumaru con tanta seguridad como él. Nadie sabía buscar la pista del tapir ni herirle como él con sus infalibles flechas.... Nadie, en fin, podía rivalizar con él cuando perseguía al aguti.... y sus piernas desafiaban en la carrera al mismo gamo....

El fugitivo se durmió profundamente. Su espíritu vagó durante mucho tiempo en la región de los sueños. Parecióle que volvía á ver á los seres queridos y vivir algunas horas allá, al otro lado del Océano inmenso, cerca de aquellos de quienes le separaba el implacable destino.

Cuando se despertó había recorrido el sol las dos terceras partes de su carrera.

El sentimiento de la realidad le sobrecogió al punto, arrancándole trasecamente á su querida y dolorosa pesadilla.

Pero aquel sueño había reparado sus fuerzas. Además, ¿era libre! Ya no oía aquel monótono ruido que acompañaba todas las mañanas al despertar de los forzados.... y aquel lúgubre redoble del tambor y aquellas imprecaciones....

Por primera vez le parecía hermoso el bosque. Por primera vez le deleitaba su esplendor incomparable. Aquella vegetación, vagabunda, caprichosa, inmensa, se retorció y se enredaba rodeando á través de los azulados matices del crepúsculo. Acá y allá, irisadas luces rompían la colosa bóveda de esmeralda y volvían á caer en cascadas de colores como si pasasen por las iluminadas vidrieras de las catedrales góticas.

Aquellos mástiles gigantescos rodeados de bejucos, empavesados con brillantes corolas, pabellón de mil colores enarbolado para siempre por el hada de de las flores....

Aquellas columnas derechas y rígidas como los pilares de un templo infinito, cubiertas de verde, con su gracioso capitel de orquídeas, cuyos inmóviles arcos se perfilaban indefinidamente bajo aquella cúpula de hojas y de flores....

Las alegrías del proscrito, son ¡ay! muy cortas. La vista de aquellos esplendores, ante los cuales hubiera permanecido en éxtasis un viajero bien provisto

de todo, evocaba en el fugitivo una lúgubre idea de la tumba.

¿Y el indio?.... Robin se levantó bruscamente, miró en torno suyo y no vió nada. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Atucka había desaparecido, llevándose no tan sólo las dos tortugas que constituían la despensa del infortunado, si que también sus zapatos, su caja-mortal y sus útiles para encender lumbre.

No le quedaba á Robin más que su machete, sobre el cual se había dormido por casualidad, y que, por consiguiente, no pudo robar el ladrón. La intención del piel-roja se le apareció en toda su sencillez. Su flecha, su entrada dramática, sus recitados no eran más que la intimidación. Pensaba que el blanco tendría aguardiente aun cuando no fuese más que una botella, y esto era lo que necesitaba.

Abducido por aquella esperanza, aceptó sin remilgos la frugal comida del fugitivo. Se trataba de un día más pasado en la amable y deliciosa pereza, la única divinidad que, juntamente con la embriaguez, es objeto de un culto asiduo por parte del indio.

Viendo que le convenían las chucherías de su huésped se las había apropiado, pensando naturalmente que lo que era bueno de tomar era bueno de guardar. Al privarlo también de los medios, por elementales que fuesen, para continuar su camino, el pobre Kalina tenía otro objeto.

Si el tigre blanco hubiera tenido en su poder algunos vasos de aguardiente, el resultado hubiera sido idéntico. El indio goza con beber y no hacer nada. No trabaja, ni pesca, ni caza sino cuando le aguijonea el hambre. Sin ninguna dificultad hubiera vivido durante algunos días á expensas de su *banaré*, y luego habría desaparecido de igual modo para denunciarle á la autoridad.

Sabía perfectamente que la Administración da una recompensa al que entrega ó hace que se encuentre á un forzado.

Aquella recompensa, diez francos, segun creo, representa diez litros de aguardiente; es decir, diez días completos de embriaguez en toda su brutal y repugnante plenitud. ¡Oh! Los preliminares duran poco. El indio toma una botella, la destapa, se aplica el cuello de la vasija á su boca, y traga, sin tomar aliento, el líquido corrosivo.

Vacila un momento, mira estúpidamente á su alrededor, se tiembla como un cerdo colado y se duerme.

Al día siguiente se despierta, vuelve á empezar y continúa de este modo, salvo ligeras variantes, hasta el completo agotamiento de su provision.

Si tiene á su lado á su mujer, á sus hijos ó á sus amigos, no varía el ceremonial, pero la francachela dura más tiempo. Todos, hembras y varones, grandes y pequeños, aun los que apenas pueden andar, beben hasta que se cansan. Y todos, llegando en pocos momentos á los últimos límites de la borrachera, se van cayendo, levantando en revuelta confusión á dormir en familia bajo la tupida enramada.

Tal era el motivo de la visita de sobremesa que Atucka pensaba hacer á su banaré. Viendo que era

imposible conducirlo á San Lorenzo, fué á buscar esfuerzos.

Robin no debía estar lejos. Utilizando el indio su habilidad para buscar pistas, guiaría de un modo certero á los representantes de la autoridad. Su banaré padre sería reducido á prision y él cobraría la recompensa.

No se engañó el fugitivo. Necesitaba volver en seguida á su carrera vagabunda, acumular obstáculos, aumentar las distancias y camuflar hasta caer rendido.

Pásose en marcha comiendo algunos frutos verdes del anara, cuyo sabor es ágrido y muy astringente.

¡Adelante! Y sin cuidarse de sus pies, que brotaban sangre por las heridas que le causan las hierbas punzadoras, se lanza á través del bosque, evitando penetrar en los sitios intrincados, escalando los troncos caídos, abriendo las cortinas de bejuco y arrastrándose bajo las ramas desgajadas.

¡Adelante! Nada importa la vecindad de las fieras que están al acecho, ni la serpiente de cascabel oculta en la hierba, ni los millares de insectos provisionales de dardos envenenados, ni el torrente con sus cascadas, ni sus rocas puntiagudas, ni la sabana con sus pantanos sin fondo.... ¡Qué importa la muerte bajo todas sus formas y todos sus aspectos!

Si son terribles los feroces habitantes de la gran soledad ecuatorial, más terribles son todavía los hombres de la punta Bonaparte, que no tardarían en perseguirle sin tregua ni descanso.

No siempre acometen los animales, ni siempre son las fieras implacables. Tan sólo es mortal el odio humano.

¡Adelante! ¡Qué importan los miasmas que se elevan del pantano, formando esas densas neblinas enérgicamente llamadas el *sudario de los europeos*! Es preciso marchar, hacer la derrota, como dicen los marinos. Al día siguiente estarán allí los cazadores de hombres.

El delirio empezaba á invadir al fugitivo, pero la fiebre parecía darle alas. Corría como un caballo desbocado, comprendiendo vagamente que tarde ó temprano había de caer y quizás no se levantaría.

Llegó la noche; la luna mostró su disco, iluminando con su dulce claridad aquel bosque, en el cual empezaron á oírse los más extraños ruidos.

Robin parecía no escucharlos. Andaba sin ocuparse en practicar el camino, sin ver los obstáculos y sin notar que dejaba en los espinos pedazos de su carne.

La vida se resumía para él en una sola función: andar.

¿Dónde estaba? ¿A dónde iba? No lo sabía. No tenía conciencia de sus actos....

Huía.

Aquella carrera desordenada duró toda la noche. Ya rompía el sol de la mañana las sombras de la selva, y el fugitivo, empapado de sudor, con la respiración anhelosa, los ojos fuera de las órbitas y los labios cubiertos de sanguinolenta espuma, corría sin cesar.

Su robusta naturaleza fué al cabo vencida por aquel esfuerzo formidable. Creyó que su órgano soportaba el peso de la bodega de fallaje. El vértigo se apoderó

de él, tropezó, y vacilante, sin encontrar un punto de apoyo, cayó pesadamente al suelo.

El vigilante Benedicto sufría horribles dolores. Su muslo, abierto por las garras del jaguar, se linchó rápidamente bajo el apósito colocado por la mano del presidiario.

Se había contenido la hemorragia, pero el vigilante sería hombre muerto si no se empleaba pronto una medicación enérgica y prudentemente dirigida.

Le acometió la fiebre, aquella terrible fiebre de la Guayana, verdadero Proteo que toma todas las formas, que se halla determinada por cualquier causa y que se hace mortal en un momento.

Una mordedura de araña, una picadura de horriño, algunos minutos de exposición al sol, un baño demasiado frío, una alteración en el régimen de vida, una vejiga causada por el calzado estrecho, un divismo, el descuido más ligero, produce la fiebre al punto.

La cabeza es el asiento de un dolor insuportable. Las articulaciones doloridas se paralizan, y sobreviene el delirio con su cortejo de visiones y fantasmas, después el sopor y la muerte á corto plazo.

Benedicto subía todo esto y tuvo miedo. Aislado en el bosque, gravemente herido, sin más compañía que la de su perro, enfrente de un jaguar sin cabeza, es preciso convenir que la situación era para conmovér el hombre más animoso.

Devocíale una sed ardiente, y aunque á pocos pasos oía el murmullo del agua, no pudo arrastrarse hasta la orilla.

Cosa extraña y monstruosa al mismo tiempo; entre una blasfemia y un grito arrancado por el dolor encontraba fuerza para maldecir á Robin, á quien debía la vida y al que acusaba de su desgracia.

— ¡Oh! ¡miserable!... ¡penalla!... él tiene la culpa de todo. ¡Y se hacía el gran señor conmigo! ¡Me perdonaba!... ¡Canalla! Como vuelva á encontrarte ya te daré el perdón... ¡Silencio, *Fugot*... salvaje! — ¡Ijo á su perro, que ladraba con fuerza á cinco pasos del jaguar palpitante.

— ¡Oh! ¡Qué sed tengo!... ¡Á beber! ¡Sangre de Dios!... ¡Agua!... ¡Á beber!... y esos tres brutos que he dejado ahí parecen patos apollados... ¡Cuter va de animales... ni siquiera tienen el instinto de seguir mi pista!

El vigilante, aniquilado por la sed, encontró en la cédrea fuerza bastante para verificar algunos movimientos; asándose con las uñas á las hierbas y á las raíces, arrastrándose sobre los codos y sobre su rodilla útil, realizó aquel viaje de algunos metros.

— ¡Al fin! — dijo bebiendo ávidamente — ¡Oh! ¡Qué bueno es beber... Tengo un volcán en el cuerpo. ¡Ah, vuelvo á la vida!... me curaré... no quiero morir... es preciso que viva... que viva para vengarme... Entre tanto voy á permanecer aquí como un animal estropeado... Felizmente tengo para comer aunque no sea más que el tigre (1) que el otro ha de-

jado ahí. También tengo con qué defenderme; mi sable; valiente sable de inválido... ¡Ah! mi pistola. Está cordenta. ¡No puedo hacerumbre... ¡oh!... ¡Truenos y rayos, cómo sufro! Parece que media docena de perros están desgarrando mis carnes. ¡Ojalá que á todos los granos del bosque no les dé ganas de aproximarse á mi piel. Benedicto, hijo mío, vas á pasar una noche muy mala. Mis perozos no van á llegar antes de mañana... y gracias. ¡Hola! ¿Dónde está *Fugot*? Maldito animal. Me ha abandonado. ¡Estos perros son tan ingratos como los hombres! Uno más con quien he de ajustar cuentas... Bueno... El sol se pone... Va á hacer una noche de todos los diablos. ¡Ah! no, la luna. Es muy divertido estar solo así...

Si las noches son interminables para el que camina lentamente, también son espantosas para el que sufre y espera.

Imagínese un enfermo con los ojos fijos en la esfera de un reloj y obligado á mirar cómo avanzan las agujas durante doce horas, asistiendo al laborioso amontonamiento de minutos, espionando el giro del minutero mientras que el horario parece que adelanta con fatiga y en cantidades infinitesimales que no es posible apreciar.

Impóngasele ese suplicio allá, bajo los gigantes cos árboles del Ecuador, en medio de la insondable soledad y apenas se tendrá una idea de los tormentos que sufría el vigilante.

La luna había cumplido la mitad de su carrera. El herido taseaba su freno cuando una batahola horrosa resonó sobre su cabeza.

Parecía un rugido formidante que no podía compararse con nada, algo así como el estrépito producido por un tren lanzado á gran velocidad en el momento de penetrar en un túnel y al que se mezclase el agudo grito de una docena de cerdos cuando se les estuviera degollando.

Aquel alboroto ensordecedor comienza bruscamente, grave y agudo al mismo tiempo, como un dúo de monstruos desconocidos, cambia de tono, varía, sube, baja y se detiene para empezar de nuevo.

— ¡Está bien! — gruñó en un descanso Benedicto, sin conmoverse por aquella zambra indefinible. — Ahora tenemos música... ¡Infames monos encarnados! ¡Déveos el diablo.

El vigilante no se había equivocado. Una tribu de monos aulladores acababa de instalarse en la copa del árbol bajo el cual estaba tendido.

Podía verles al través de un rayo de luna, colocados en círculo al rededor de uno de ellos; el jefe de la banda, que lanzaba aquellos atroces bramidos, arrancando el solo de su aparato vocal sonidos que se repercutían á una distancia de más de cinco kilómetros.

Después de andar á su gusto se paró, y todos sus oyentes, encantados sin duda, lanzaron algunos rucos ¡hou! ¡hou! de alegría.

(1) El tigre no debe extrañarse que empesemos indistintamente la palabra tigre hablando del jaguar, del leopardo ó del panza, así como la de elefante para todos los elefantes de diferentes especies y sin

zos. Es costumbre de la Guayana. Tendríamos cuidado, para evitar confusiones error, de designarles en principio por sus verdaderos nombres.

Unas palabras entre paréntesis acerca de éste singular condimento.

El mono aullador de la Guyana, *stentor seniculus*, es también conocido con el nombre de mono encarnado, y con el de *aluaté* por los indígenas: apenas tiene un metro y cuarenta centímetros desde el hocico á la extremidad de la cola.

El examen de su aparato vocal permite darse cuenta de esa curiosa propiedad que posee de emitir simultáneamente sonidos graves y agudos.

He podido diseccionar un macho viejo y reconozco desde luego que el aire que aspira puede escaparse directamente por la glotis, lo que origina el sonido agudo. Además, su hióides (pequeño hueso situado



¡Infames monos encarnados!

en el hombre entre la base de la lengua y la laringe) en lugar de tener las modestas dimensiones de lo que vulgarmente se llama *muca*, es tan grande como un huevo de pava, y forma una cavidad sonora como un cañón de órgano. Cuando va á cantar, se hincha su garganta y toma las proporciones de una gran vejiga. El aire que pasa por aquella vasta cavidad ésea, aumenta de una manera inculcable la intensidad de la voz y produce el sonido grave, de modo que el mono encarnado posee la facultad de cantar él solo un día.

El jefe es quien siempre vocifera, con exclusión de sus humildes súbditos.

Si uno de ellos, arrebatado por la cólera, quiere unir su nota á la sinfonía, el cantor le admolstra una Agría reprimenda que le obliga á guardar silencio.

Únicamente el auditorio tiene el derecho de aplaudirle.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

No podía contestar á aquella pregunta. Indudablemente habían salido los dos perros mientras yo dormía; *Zerbino* para realizar el capricho que manifestó y que yo había contrariado, y *Dolce* siguiendo á su camarada.

¿Se los habrían comido los lobos? Me pareció que el acento de mi amo al preguntarme dónde estaban, ocultaba este temor.

— Toma un tizon — me dijo, — y vámos á darles auxilio.

En mi pueblo había oído contar temerosas historias de lobos; sin embargo, no vacilé, y cogiendo un tizon seguí á mi amo.

Llegamos al descampado, pero no descubrimos ni perros ni lobos. Únicamente se veían sobre la nieve las huellas de *Dolce* y de *Zerbino*.

Empezamos á seguirlos; daban la vuelta á la choza, y luego, á cierta distancia, se notaba en la oscuridad un espacio en que la nieve estaba como socavada, indicando que allí habían caído revueltos dos animales.

— ¡Busca, busca, *Capi!* — decía mi amo, silbando al mismo tiempo para llamar á *Zerbino* y á *Dolce*.

Pero no le respondió ladrido alguno, ni se oía nada que turbase el lúgubre silencio de la selva. *Capi*, en vez de buscar, como se le mandaba, permanecía entre nuestras piernas, dando evidentes muestras de inquietud y de espanto, á pesar de su acostumbrada bravura, comparable tan sólo á su obediencia.

La reverberación de la nieve no prestaba suficiente claridad para vernos en las tinieblas y seguir las huellas; á poca distancia se perdía la vista en la confusa sombra.

Volví á silbar *Vitalis*, llamando con voz fuerte á *Zerbino* y á *Dolce*.

Nos pusimos á escuchar, pero continuó el silencio; mi corazón latía con violencia.

¡Pobre *Zerbino!* ¡Pobre *Dolce!*

Vitalis aumentó mi pena.

— Se los han llevado los lobos — dijo; — ¿por qué los dejaste salir?....

— ¡Ah! ¡Si! ¿Por qué? Desgraciadamente no sabía qué respuesta darle.

— Es preciso buscarlos — dijo.

Di unos pasos adelante; pero *Vitalis* me detuvo.

— ¿Y dónde los buscarás? — me dijo.

— No lo sé; por todas partes.

— ¿Cómo hemos de guiarnos, en medio de la oscuridad y con esta nieve?

Verdaderamente, no era empresa fácil; la nieve nos subía hasta la rodilla, y nuestros tizonos no tenían bastante poder luminoso para iluminar las tinieblas.

— Si no han respondido á mi llamada será porque están..... muy lejos — dijo, — y además no es conveniente exponernos á que los lobos nos ataquen; pues no tenemos medio alguno de defensa.

Era una cosa terrible abandonar así á dos pobres perros, á dos camaradas, á dos amigos, sobre todo para mí, porque reconocía que era el único culpable de su falta; si no me hubiese dominado el sueño no hubieran podido salir.

Emprendió mi amo el camino de la choza, y yo le seguí, mirando á cada instante á mi espalda, y deteniéndome para escuchar; pero no veía nada más que nieve, y no oía nada más que sus chasquidos.

En la choza nos esperaba una nueva sorpresa; mientras estuvimos ausentes se habían encendido las ramas que dejé amontonadas, despidiendo llamas, cuyos resplandores iluminaban los rincones más oscuros.

Entré, y me vi á *Joli-Cœur*.

La manta en que en amo le había envuelto estaba delante del fuego, pero extendida y sin el mono.

Le llamé; hizo lo mismo *Vitalis*, pero no pareció. ¿Qué había sido de él?

Vitalis me dijo que al despertarse le había sentido á su lado; de modo que desapareció despues de nuestra salida.

¿Habrá tratado de seguirnos?

Tomamos un haz de ramas encendidas, é inclinándonos hácia la nieve salimos en su busca.

No vimos huella alguna; es verdad que el paso de los perros y nuestras pisadas habían borrado las señales, pero no tanto que hiciesen imposible descubrir la impresión de los pies del mono.

Indudablemente no había salido.

Volvimos á entrar en la choza para ver si por casualidad estaría acurrucado debajo de algun haz de leña.

Largo tiempo duró nuestra investigación; diez veces pasamos por el mismo sitio, mirando cuidadosamente todos los rincones; me subí á hombros de *Vitalis* para explorar las ramas que formaban el techo; todo fué inútil.

De vez en cuando nos deteníamos para llamarle: nada, siempre nada.

Vitalis estaba exasperado, y yo llegaba al colmo de la desolación.

¡Pobre *Joli-Cœur*!

Pregunté á mi amo si creía que los lobos hubieran podido llevarsele.

—No— me dijo— los lobos no se hubieran atrevido á entrar en la choza iluminada; aseguraria que se han arrojado sobre *Zerbino* y *Dolce*, pero no que han



No descubrimos ni perros ni lobos.

penetrado aquí. Es probable que *Joli-Cœur* se haya escondido en alguna parte mientras estábamos fuera, y esto es lo que me inquieta por él; pues con este tiempo tan crudo se enfriará, y el frío le causará la muerte.

— ¡Busquemos más!

Y volvimos á nuestras pesquisas, pero fueron tan desgraciadas como la primera vez.

— Es preciso esperar el día— dijo Vitalis.

— ¿Cuándo llegará?

— Dentro de dos ó tres horas.

Y se sentó delante de la hoguera, apoyando la cabeza en sus manos.

No me atreví á distraerle, y continué á su lado sin moverme más que para echar leña al fuego. De vez en cuando se levantaba, iba á la puerta y miraba al cielo, inclinando el cuerpo para oír mejor. Hubiera preferido que me reprendiese ántes que verle triste y mohino como estaba.

Las tres horas de que habia hablado trascurrieron con irritante lentitud; parecia que nunca iba á terminar aquella noche.

Sin embargo, al poco tiempo palideció el fulgor de las estrellas, empezando á blanquear el cielo; pronto rayaría el alba. Pero á medida que el día se acercaba, aumentó la intensidad del frío, y el aire que entraba por la puerta era casi glacial.

¿Si encontrásemos á *Joli-Cœur*, estaría vivo?

¿Pero qué esperanza teníamos de encontrarle?

¿Quién sabía si con el amanecer aumentaría la nieve?

¿Cómo buscarle en este caso?

Por fortuna se paralizó la nieve; y en vez de cubrirse el cielo como el día antes, se tiñó de un color sombreado que presagiaba el buen tiempo.

No hizo la claridad del día permitió ver con sus formas reales los árboles y las matas, salimos de la choza. Vitalis iba provisto de un fuerte palo, y yo llevaba otro parecido.

Cypri ya no estaba bajo la impresión de miedo que le había dominado durante la noche; con la mirada fija en los ojos de su amo no esperaba más que una señal para emprender la marcha.

Viendo que buscábamos las huellas de *Joli-Cœur*, levantó la cabeza y se puso á ladrar alegremente; aquello significaba que no debíamos buscar en la tierra, sino en el aire.

En efecto, vimos que la nieve que cubría nuestra cabaña había sido hollada en diversos puntos, hasta una gruesa rama inclinada sobre el techo.

Seguimos con la vista, y en lo alto del árbol á que pertenecía, y que era una añosa encina, descubrimos una forma de color sombreado acurrucada en una especie de horquilla.

Era *Joli-Cœur*, y pronto pudimos calcular lo que había sucedido; asustado por los aullidos de los lobos y de los perros, y en vez de seguir junto al fuego, se lanzó el mono al techo de la cabaña después de haber salido nosotros, y desde allí trepó á la copa de la encina, donde permaneció agazapado sin responder á nuestros llamamientos. El pobre animal, que tan sensible era al frío, debía estar helado.

Llamóle mi amo dulcemente, pero continuó tan inmóvil como si estuviera muerto.

Durante algunos minutos repitió Vitalis sus llamadas, sin que *Joli-Cœur* diera señales de vida.

En cuanto á mí, tenía que reparar un descuido de la noche anterior.

—Si queréis —dije— iré á buscarle.

—Vas á romperte la cabeza.

—No hay peligro.

En honor de la verdad al le había; el árbol era grueso y además estaba cubierto de nieve en las partes de su tronco y de sus ramas expuestas al viento.

Desde que era niño sabía trepar por los árboles, adquiriendo gran habilidad en este ejercicio. Algunas pequeñas ramas que habían brotado en el tronco me servieron de escalones; y aunque me cegaba la nieve que mis manos desprendían sobre mis ojos, no tardé en llegar, ayudado por Vitalis, á la primera horquilla. Una vez allí, ya era la ascension muy fácil, no había que hacer sino evitar caer en la nieve.

Mientras subía, hablaba cariñosamente á *Joli-Cœur*, que me miraba con fijeza y sin moverse.

Cuando me disponía á alargar la mano para cogerle, dió un salto y se abalanzó á otra rama.

Le seguí por ella, pero los hombres y los muchachos son muy inferiores al mono para andar por los árboles. Es probable que jamás hubiera podido alcanzar á *Joli-Cœur* si la nieve no hubiera cubierto el ramaje; pero como aquella nieve le mojaba las manos y los piés, se causó pronta de aquella persecucion. Entónces, deslizándose de rama en rama, dió un salto al hombro de su amo y se ocultó debajo de su chaqueta.

Era bastante haber encontrado á *Joli-Cœur*, pero no era todo; había que buscar á los perros.

En poco tiempo llegamos al sitio en que estuvimos la noche anterior y dando encontrámos la nieve pisotada.

Entónces, á la luz del día pudimos adivinar lo que había pasado; la nieve conservaba grabada en blanco la historia de la muerte de los perros.

Al salir de la choza uno tras de otro habian ido siguiendo los huacas, y vimos sus huellas en un espacio de veinte metros. Luego desaparecían en la nieve revuelta, y en aquel punto se veían otras; por un lado las que demostraban que los lobos, dando enormes saltos, habian caído sobre los perros, y por otro las que indicaban por dónde se los llevaron después de estrangularlos. De los perros no existía señal alguna, excepto un rastro de sangre que enrojecía la nieve de trecho en trecho.

Era inútil llevar más lejos nuestras investigaciones; los dos pobres perros habian sido ahogados por los lobos, que después los devorarian en algun jaral. Por otra parte, debíamos ocuparnos de hacer entrar en calor á *Joli-Cœur*.

Volvimos á la cabaña, y mientras Vitalis le ponía las manos y las patas cerca del fuego, como se hace con los niños, calenté yo su manta y le envolví en ella.

Mas no era esto solo lo que le hacia falta, sino un lecho bien caliente y una bebida confortable; de ambas cosas carecíamos, y nos considerábamos dichosos con tener lumbre.

Estábamos sentados mi amo y yo junto al hogar sin decirnos nada y mirando cómo ardía la leña.

Pero no hacian falta palabras, ni era preciso que nos mirásemos para expresar lo que sentíamos.

¡Pobre *Zerbino*, pobre *Dolce*, pobres amigos!

Estas eran las reflexiones que nos hacíamos, aunque sin darnos cuenta de ellas mutuamente.

Habian sido nuestros camaradas, nuestros compañeros en la prospera y en la adversa fortuna, y para mí, en los días de soledad y de tristeza, fueron mis amigos, casi mis hijos.

Yo era culpable de su muerte.

No tenía disculpa: si hubiese estado vigilante como era mi deber, no me hubiera dormido, ellos no hubieran salido y los lobos no hubiesen ido á atacarnos en nuestra choza, sino que se habrían quedado á cierta distancia, temerosos de aproximarse al fuego.

Hubiera querido que Vitalis me reprendiese y hasta deseara que me pegase.

Pero no decía una palabra y ni me miraba siquiera:

seguía con la cabeza inclinada hacia el hogar, pensando, sin duda, en la que sería de nosotros sin los perros. ¿Cómo daríamos representaciones sin ellos? ¿Cómo viviríamos?

CAPÍTULO XV.

EL SEÑOR «JOLI-CŒUR».

Los pronósticos para el día siguiente se habían realizado; brillaba el sol en un cielo sin nubes y sus pálidos rayos se reflejaban en la nieve immaculada; el bosque, tan triste la víspera, resplandecía con una blancura que cegaba los ojos.

De vez en cuando introducía Vitalis su mano deba-

jo de la manta para palpar á *Joli-Cœur*; pero éste no entraba en calor y al inclinarme para verlo, observé que tiritaba.

No tardó en ser evidente que no podríamos contar de aquel modo la sangre que por momentos se hallaba en sus venas.

— Es preciso llegar á un pueblo — dijo Vitalis levantándose; — de lo contrario morirá *Joli-Cœur* aquí; no será mala fortuna que no muera en el camino. Vamos.

Después de calentar mucho la manta envolvimos en ella á *Joli-Cœur*, y mi amo le colocó debajo de su zamarra y contra su pecho.



Los lobos habían caído sobre los perros.

Estábamos dispuestos á marchar.

— Hé aquí un albergue — dijo Vitalis — que nos ha hecho pagar muy cara la hospitalidad que nos ha dado.

Al decir esto le temblaba la voz.

Salió primero y yo seguí sus pasos.

Fué preciso llamar á *Capi*, que se había quedado en el umbral de la choza con el hocico vuelto hacia el sitio en que fueron sorprendidos sus camaradas.

Diez minutos después de llegar á la carretera encontramos un carro, cuyo conductor nos dijo que ántes de una hora llegaríamos á un pueblo. Esta noticia comunicó velocidad á nuestras piernas á pesar de lo difícil cuanto penoso que era caminar en medio de aquella nieve, en la cual me hundía hasta la cintura.

Siempre que preguntaba á Vitalis por el estado de *Joli-Cœur*, me respondía que continuaba tiritando junto á su pecho.

Por fin, al pie de una cuesta aparecieron los blancos tejados de un pueblo bastante grande; un esfuerzo más y llegaríamos á él.

Nunca teníamos costumbre de parar en las mejores posadas, en las que por su aspecto ofrecían buena cama y buena mesa; lejos de ser así, nos alojábamos generalmente á la entrada de los pueblos ó en los arabales de las ciudades, escogiendo cualquier casa pobre de la que no seríamos rechazados y en la que no vaciarían nuestra bolsa.

Pero esta vez sucedió todo lo contrario; en vez de detenerse en las primeras casas del pueblo, siguió Vitalis hasta una posada delante de la cual se balanceaba una hermosa muestra dorada; por la puerta de la cocina, que estaba completamente abierta, se veía una mesa cargada de viandas, y en un ancho fogón varias cacerolas de cobre que producían un alegre ruido, despidiendo hacia el techo pequeñas nubes de vapor; desde la calle se percibía un olor exquisito á succulenta sopa que agradaba en extremo á nuestros hambrientos estómagos.

Mi amo, que había tomado su aspecto de *señor*, entró en la cocina, y con el sombrero en la mano y el codo echado atrás, pidió al hostelero una buena habitación y fuego.

Al principio no se dignó mirarnos el dueño de la posada; pero las maneras de mi amo le infundieron respeto, y dió órden á una camarera para que nos guisase á nuestro almorzato.

— Acuéstate en seguida — me dijo Vitalis, mientras la camarera encendía fuego.

Me quedé un momento estupefacto: ¿para qué sería preciso que me acostase? Más deseos tenía de comer que de dormir.

— ¡Vamos, pronto! — repitió Vitalis.

— No tuve más remedio que obedecer.

Sobre la cama había un edredón, que Vitalis me aplicó hasta la barbilla.

— Procura entrar en calor — me dijo; — cuanto más caliente estes, mejor será.

Me pareció que *Joli-Cœur* era quien debía estar más caliente que yo, pues por mi parte no sentía frío alguno.

En tanto que permanecía inmóvil debajo del edredon para calentarse la cama, Vitalis, con gran asombro de la camarera, volvía y revolvia al pobre *Joli-Cœur* como si se propusiera asarle.

— ¿Tienes calor? — me preguntó despues de un rato.

— Me ahogo.

— Eso es lo que hace falta.

Y acercándose á mi con presteza, metió á *Joli-Cœur* en la cama, recomendándome que le estrechase bien contra mi pecho.

El pobre animalito, que generalmente era tan reacio cuando se le imponía alguna cosa que le desagradaba, parecía resignarse á todo. Estaba pegado á mí sin hacer un movimiento; ya no tenía frío y su cuerpo había entrado en reaccion.

Bajó mi amo á la cocina y no tardó en subir, trayendo un vaso de vino caliente con azúcar.

Intentó que *Joli-Cœur* bebiese algunas cucharadas de aquella pocion, pero el animalito no pudo separar los dientes.

Con sus brillantes ojos nos miraba tristemente, como para suplicarnos que no le hiciéramos sufrir.

Al mismo tiempo sacaba un brazo fuera de la cama alargándole hacia nosotros.

Vitalis me explicó lo que significaba aquel movimiento.

Antes de mi entrada en la compañía tuvo una fluxion al pecho y hubo necesidad de sangrarle en un brazo; como en aquel instante conocía que estaba enfermo, alargaba el brazo para que se le hiciera una sangría y se le curase como la primera vez.

Yo estaba conmovido.

Vitalis también lo estaba, manifestando además evidentes muestras de inquietud.

Era indudable que el pobre *Joli-Cœur* estaba enfermo, y tanto, que se resistía á tomar el vino con azúcar, que le gustaba por extremo.

— Bebe el vino — dijo Vitalis — y sigue en la cama; voy á buscar á un médico.

Debo confesar que el vino azucarado hacía mis delicias, y además tenía un hambre terrible; así fué que no hubo necesidad de que me repitiese la orden, y despues de vaciar el contenido del vaso me volví á meter debajo del edredon, acabando de asfixiarme con el calor del vino.

No tardó en volver mi amo, acompañado por un señor con anteojos de oro, que debía ser el médico.

Teniendo que aquel notable personaje no hubiera querido molestarse por un mono, Vitalis no le había dicho la usadion del enfermo que reclamaba sus cuidados; por esto, al vernos en la cama, rojo como una ponia próxima á abrirse, se llegó el doctor á mí, y poniéndome la mano en la frente,

— Congestion — dijo.

Y movió la cabeza con un aire que no pronosticaba nada bueno.

Era preciso desengañarle, porque si no sería capaz de mandar que me hiciesen una sangría.

— No soy yo el enfermo — dijo.

— ¿Qué no eres el enfermo? Este niño delira.

Sin responder, levanté un poco el embozo, y señalando á *Joli-Cœur*, que había pasado su bracito al rededor de mi cuello, repuse:

— Éste es el enfermo.

El médico retrocedió dos pasos volviéndose hacia Vitalis.

— ¡Un mono! — exclamó. — ¡Cómo se entienda! ¿Me habéis sacado de mi casa por un mono, y en este tiempo tan crudo?

Creí que iba á marcharse indignado.

Pero mi amo era un hombre muy experto y no perdía la cabeza fácilmente. Con gran cortesía, y adoptando sus distinguidas maneras, detuvo al médico. Empezó por explicarle la situación: nos había sorprendido la nieve, y temiendo á los lobos se subió *Joli-Cœur* á una encima, quedando casi yerto por el frío.

— Efectivamente, el enfermo es un mono, pero ¡cuán inteligente! Además, para nosotros era un compañero, un amigo. ¿Cómo habíamos de confiar un actor tan notable á los cuidados de un veterinario! Nadie desconoce que los alféitares son unos ignorantes, así como todo el mundo sabe que los médicos en sus diversos grados son hombres eminentemente científicos; aparte de que en el más misero pueblo se puede estar seguro de encontrar el saber y la generosidad llamando á la puerta del médico. Por último, aunque el mono no sea más que un animal, según los naturalistas, se asemeja al hombre de tal modo que sus enfermedades son las mismas. ¿No es interesante bajo el punto de vista de la ciencia estudiar las analogías de dichas dolencias?

¡Cuán hábiles hisonjeros son los italianos! El médico se quitó de la puerta acercándose á la cama.

Mientras hablaba nuestro amo, *Joli-Cœur*, que comprendió, sin duda, que aquel personaje con anteojos era un médico, había sacado más de diez veces su brazo para que le sangrara.

— Ved si este mono es inteligente; sabé que sois un doctor y os alarga el brazo para que le toquéis el pulso.

Esto acabó de decidir al médico.

— En efecto — dijo — el caso es muy curioso.

Desgraciadamente era para nosotros muy triste: el pobre *Joli-Cœur* estaba amenazado de una pulmonía.

Tomó el médico aquel bracito que tantas veces le había enseñado, é introdujo la lanceta en su vena sin que le diese un gemido. Sabía que aquello debía curarle.

Despues de la sangría vinieron los sinapismos, las cataplasmas y las pociones. Yo no estaba ya en la cama y me había convertido en enfermero bajo la direccion de Vitalis.

El pobrecito *Joli-Cœur* se complacia con mis cuidados y me recompensaba con una dulce sonrisa; su mirada era verdaderamente humana.

Él, tan vivo en otras ocasiones, tan impetuoso,

tan travieso, siempre en disposición de hacernos alguna mala pasada, tenía entonces una dulzura y una tranquilidad ejemplares.

Parecía como que necesitaba que le demostrásemos nuestra amistad, y también la de *Capi*, á quien tantas veces había mortificado.

Semejante á un niño mimoso quería que estuviéramos todos á su lado y se enfadaba siempre que alguno salía.

Su enfermedad leynaba la marcha de todas las flujiones al pecho, es decir, que la tos se había manifestado, fatigándole mucho con las sacudidas que imprimía á su delicado cuerpo.

Nunca me había participado mi amo la situación

de sus negocios, y solamente por una casualidad fui como supe que vendió su reloj para comprarse la piel de carnero; pero en las difíciles circunstancias que atravesábamos creyó que debía hacer una excepción de la regla.

Al volver una mañana, despues de almorzar, mientras yo había estado cerca de *Joli-Cœur*, á quien nunca dejábamos solo, me hizo saber que el hostelero le había pedido el importe de nuestra cuenta, y que despues de satisfacerla no le habían quedado más que cincuenta sueldos.

¿Qué hacer?

Naturalmente, no supe qué responderle.

El no veía más que un medio para salir del apuro.



Tomó el médico aquel brazo.

y era dar una representación aquella misma noche.

Una representación sin *Zerbino*, sin *Dolce*, y sin *Joli-Cœur*, no me parecía posible.

Sin embargo, nos hallábamos en un caso en que no debíamos detenernos ante las dificultades. Era preciso cuidar á *Joli-Cœur* y salvarle; el médico, las medicinas, el fuego, el hospedaje nos obligaban á conseguir una ganancia inmediata de cuarenta francos por lo ménos para pagar también al posadero, á fin de que nos abriera un nuevo crédito.

¡Cuarenta francos en aquel pueblo, con aquel frío y sin disponer de nuestros habituales recursos!

No obstante, sin arredrarse por los obstáculos, se ocupó mi amo activamente en realizar su proyecto.

En tanto que yo cuidaba del enfermo buscó una sala de espectáculo en el mercado, pues no se podía dar una representación al aire libre con aquel temporal de nieve. Compuó y pagó en las esquinas algunos carteles; arregló una gradería con tablas, y gastó animosamente sus cincuenta sueldos en comprar velas que cortó por la mitad á fin de aumentar el alumbrado.

Desde la ventana de la habitación le veía ir y venir, pasar y volver á pasar por delante de la hostería, y entre tanto me preguntaba yo con cierta angustia

cuál sería el programa de aquella representación. No tardé en saber á qué atenerme, porque elregonero del pueblo, cubierto con un kópis encarnado, se detuvo delante de la posada, y despues de dar un magnífico redoble, leyó el programa.

Ya podrá presuntirse lo que era, sabiendo que Vitalis había prodigado las ofertas más extravagantes: se trataba de un «artista famoso en todo el mundo» —era *Capi*— y de «un jóven cantante, verdadero prodigio» —el prodigio era yo.

Pero la parte más interesante de aquellas promesas era la que decía que no se fijaba el precio de las localidades, confiándose á la generosidad de los espectadores, que no pagarían hasta despues de ver, oír y aplaudir.

Esto me pareció muy atrevido; ¿nos aplaudirían? *Capi* merecía renombre ciertamente. Pero yo no tenía la convicción de ser un prodigio.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Pero ¿cómo? ¿dónde está el desconocido paso por el cual pueda franquearse ese imponente anillo de montañas de hielo que cerca por todas partes el ignorado y hermoso continente de que habla en sus instrucciones Baltasar Ballesta? ¡Ah! ¿Faltará tal vez en los documentos de que logré apoderarme el más preciso, el que encierre la clave del misterio, el único, en fin, que pudiera desatar este nudo gordiano... ¡Ah! ¡Por la Nueva Sion! ¡Mucho, mucho me abruma esta idea!

Y el capitán Cróssbow llevóse las manos á las sienes, como si temiera que estallase su cerebro.

Largo espacio de tiempo permaneció absorto, abismado en sus reflexiones aquel hombre extraño. Sus facciones eran prestas en algunos momentos de inconsciente movilidad; de sus labios se escapaban á menudo palabras incoherentes y casi inarticuladas; parecía como que la excitación nerviosa había llegado al paroxismo en aquella naturaleza indomable.

Los instantos trascurrían entre tanto con pasmosa rapidez, no comparable, sin embargo, á la que empleaba la imaginación del inglés en vagar de unos en otros por los múltiples pensamientos que parecían agobiarle.

De repente irguió la cabeza con expresión terrible y agitóla un instante, á semejanza del rey de los bosques cuando, poseído de sorda irritación, sacude al viento sus largas guedejas.

—¡Por la Nueva Sion!— balbució inconscientemente. —¡No seré yo el que abandone la partida ó sucumba sin llegar al último extremo! ¡Rayos de Dios! ¡Ánimo, capitán Cróssbow! ¡Hurra por la vieja Inglaterra!

Y aquel hombre singular, abandonando el asiento que ocupaba, dió algunos pasos por el camarote, detúvose despues, recapacitó un instante, y como si adoptara de súbito una idea, oprimió fuertemente la manecilla de un timbre, que dejó oír por tres ó cuatro veces su agudo y metálico sonido.

CAPÍTULO III.

LOS DETALLES DE MR. CRÓSSBOW. — EL BALLENERO VANDER-BAAN. — EXPLICACIONES. — PRINCIPIOS DE ANTAGONISMO.

I.

Aun no había acabado de resonar la última vibración del timbre, cuando presentóse á la puerta del camarote un grumete de rudas maneras y descarada fisonomía, como suelen ser todos los grumetes.

—Que venga el contramaestre William— dijo con su habitual acritud Mr. Cróssbow.

Saludó humilde y respetuoso el grumete, y girando sobre sus talones, desapareció de la cámara para cumplimentar aquel mandato.

Hora es ya de advertir al lector, que William, el marinero de la nariz amoratada, el autólitico de don Juan Ballesta, en premio sin duda de sus relevantes servicios, había sido elevado por éste á la categoría de segundo contramaestre.

—Mí capitán...— exclamó William cuadrándose ante él con servil y aduladora expresión.

La sumisa actitud del miserable consiguió desmenujar el ceño de su jefe, el cual, poniéndose de pié y tomando algunos papeles de dentro de su pupitre, salió del camarote, despues de dirigir breves palabras á su subordinado.

Éste se apresuró á subir sobre cubierta, y el capitán Cróssbow tomó entónces asiento ante la gran mesa que en medio de la cámara se veía. Su imaginación abismóse de nuevo en el cúmulo de ideas que la asediaban de continuo. Así permaneció casi por espacio de media hora, hasta que vinieron á distraerle de sus reflexiones las fuertes pisadas de algunos hombres que descendían por la escalerilla de la cámara.

Mister Cróssbow púsose de pié é invitó cortésmente á los recién llegados á que se sentasen al rededor de la mesa. Silenciosamente hiciéronlo así aquellos personajes, que eran en número de cinco.

Diré algunas palabras acerca de ellos:

Colocáronse por orden de categorías. Á la derecha del jefe de la expedición un serio personaje, que llevaba el uniforme de la marina de guerra británica, y el comandante de la goleta de tres palos, *Gibraltar*, á la izquierda los tres individuos restantes, que representaban respectivamente, el primero, segundo y tercer piloto del *Great-Britain*.

John Smith llamábase el primer piloto; era natural de Swansea, en el país de Gales, y su elevada estatura, sus rojas patillas y su blanca epidermis, que veinte años de navegación no habían logrado curtir, hacían de su persona el más acabado tipo inglés.

Seguiale Jacob Mc. Nally, segundo piloto y escocés de pura sangre; había nacido en Glasgow, á orillas del Clyde, tenía gran corpulencia y tan rubios cabellos que casi parecían blancos; el tercer piloto, jóven de veinte años, representante tambien del carácter típico anglo-sajón, había visto la luz primera en la ciudad de Douvres, puerto de desembarco para los que van de Francia á Inglaterra, y llamábase, segun constaba en el rol, Cornelius Cooper.

El capitán del *Gibraltar*, Mr. Lewis Fox, aunque

de escasa estatura y voluminoso abdómen, no podía negar, en su flemática expresión y en los rasgos característicos de su semblante, que pertenecía á la raza inglesa; representaba cuarenta años de edad, y practicó sus estudios náuticos en la ciudad de Liverpool, situada en la costa occidental de Inglaterra, que cuenta con 340.000 habitantes, y que es hoy el puerto más comercial del mundo: su exportación alcanza al doble de la de Londres.

El teniente de navío, pues de tal eran sus insignias, que estaba sentado al lado del capitán gibraltareño, parecía una nota discordante, al menos á primera vista, entre los marinos que le acompañaban.

En efecto, su color ocreo, sus negras patillas y su inmovible y chispeante mirada, no concordaban ciertamente con las más generales condiciones estéticas de la raza británica. Sin embargo, era un ventajero inglés, como que había nacido en Limerick, importante puerto comercial de Irlanda.

II.

—Mister Francis O'Donnell—dijo á la sazón Juan Ballasta, dirigiéndose con marcada deferencia al teniente de navío—esta reunión tiene por objeto resolver, dadas las circunstancias que nos rodean, lo que fuere más acertado para el éxito de la empresa que hemos acometido.

Los presentes inclinaronse en señal de asentimiento.

—No temaré—significó diciendo Mr. Crossbow—que la situación es algun tanto difícil, que el propósito no puede ser más aventurado; pero ¡voto á la Nueva Sion! que salvarémos todas las dificultades, ó el capitán de la marina mercante inglesa, John Crossbow, perderá la vida en la demanda. Aunque concretamente, todos conocéis los secretos móviles de esta expedición, juzgo, sin embargo, llegada la oportunidad de comunicaros ciertos detalles, porque procederéis entónces con mayor conocimiento de causa.

El capitán del *Great-Britain* pareció reconcentrarse un momento en sus ideas, trascurrido el cual, prosiguió hablando de esta manera:

—He tenido un hermano, ¡voto á cien huracanes! indigno de serlo; ¡cómo que se vanagloriaba de ser español! Parece que en uno de sus últimos viajes á Montevideo extrajo del mar una caja que iba á merced de las olas.... La caja contenía una extensa Memoria y los correspondientes mapas acerca del más maravilloso descubrimiento geográfico de nuestra época; suscribía dichos papeles el ballenero holandés Vander-Zaane, que con su brik-barca *Stathouder* pereció en medio de un deshecho temporal cerca del cabo de Hornos.

Por la relación que acompañaba á aquellos documentos, acerca de las penalidades que el ballenero venía sufriendo desde algunos días atrás, combatido por el oleaje y el viento, deduciéndose, dada su angustiosa é insoportable situación, que hubo de arrojar á las ondas aquella caja pocos momentos antes de que su buque fuese tragado por ellas. El capitán Vander-Zaane, según hace constar en su relación, adoptó aquel extremo con él fin—dice—de que ni descu-

brimiento no sea perdido para la humanidad. Esto fué hijo del acceso, como tantos otros; un tiempo tempestuoso y terrible llevó por desconocidos derroteros al brik-barca *Stathouder* hácia un estrecho completamente libre de hielos; por él penetró hasta las más próximas regiones al polo; en ellas vió un mar sereno, en que reinaba la más dulce temperatura, y un dilatado continente del que cuenta innumerables maravillas.

—Pero ¿llegó á desembarcar en él?—preguntó el teniente de navío Francis O'Donnell.

—Sí, por la Nueva Sion; y hasta internóse tierra adentro algunas millas.... Más no pudo permanecer mucho tiempo en ella ni costearla, porque la falta de víveres y el estado de su tripulación, atacada del escorbuto, no se lo permitieron. Resolvió, pues, volver á Amsterdam, comunicando al Gobierno de su patria su singular descubrimiento, tomar con una fuerte expedición á posesionarse en nombre de Holanda, de aquellos países. Con este propósito los abandonó, aplicando desde entónces toda su actividad á escribir la Memoria, y á trazar, según sus apuntes del cuaderno de bitácora, los mapas explicativos y el derrotero que la casualidad le había hecho salir. Pero ¡voto á la Nueva Sion! toda su diligencia sirvióle únicamente para que dejara abandonado al mar tan portentoso descubrimiento.

Calló al llegar aquí el capitán Ballasta, y tocando un timbre dió orden al grumete, que se presentó en la cámara, de que colocara en la mesa algunas copias y dos botellas del mejor ron de Jamaica que tuviese á bordo el despensero.

III.

Escanció Mr. Crossbow, bebieron con automática gravedad sus comensales, y él continuó su ininterumpido discurso en los siguientes ó parecidos términos:

—Baltasar Ballasta, después de estudiar detenidamente los documentos que habían ido á parar á sus manos, formó el propósito de acometer la empresa; que no pudo llevar á término feliz el capitán holandés; pero también le sorprendió la muerte antes que diese paso alguno en aquel sentido. Aquí debo hacer notar que el que se llamaba hermano mío, abusando varias veces de mi benevolencia y haciendo uso de indignos medios, propios sólo de los que nacen en ese inñoble país que se denomina España, logró acrecentar de un modo extraordinario su fortuna. Colhibió quizás en los últimos momentos por el grito aterrador de su conciencia, puesto que tanto mal me había causado, recurrió á su hijo, al confiarle el secreto de ese desconocido continente austral, que me asociara á la expedición que en el más breve plazo organizase para descubrirle y posesionarnos de él. No comprendo ¡voto á cien huracanes! cómo pudo Baltasar Ballasta suponer por un solo momento, que su hijo y yo pudiéramos confundir nuestras aspiraciones en un mismo pensamiento, siendo tanta la divergencia de nuestros caracteres; siendo él, en fin, español y yo súbdito inglés. No es del caso dilucidar ahora este punto; bástenos saber que Félix Ballasta pre-

cindió en absoluto de mi dando comienzo á los preparativos de su expedición....

—Y ¿cómo poseéis entonces los documentos arrojados al mar por el ballenero holandés?—prorumpió Mr. O'Donnell.

—¡Por la Nueva Sion! ya llegaré al fin. En primer lugar esos papeles que veis sobre la mesa no son los originales, sino una copia de ellos. Indignéme en gran manera el proceder del hijo, porque yo sabía, no hace al caso decir de qué suerte, cuáles habían sido las últimas disposiciones de su padre.... Presentéme á él y le exigí entonces, no que me asociase á la empresa, pues yo era el primero en rechazar idea tan absurda, sino que me iniciase en el secreto de que era co-partícipe. Tal vez mi decidida actitud impuso á aquel africano, y obtuve una copia de los documentos á que hago referencia.

El teniente de navío sonrióse imperceptiblemente.

—Por lo demás—siguió diciendo Mr. Cróssbow—dueño ya de aquel importante secreto, procedí como debía hacerlo un buen inglés en honra suya y para la mayor gloria de su patria. ¿Debia consentir que una union semisalvaje realizara tan portentoso descubrimiento? ¡Por la nueva Sion! ¡Nunca, nunca! Me trasladé á Londres, conferencí con los lores del Almirantazgo para que éste prestase auxilio oficial á la expedición; pero, como bien sabéis, razones de alta política, la paz de Europa, no cimentada aún sólidamente desde los acontecimientos del año 48, obligaban al Gobierno inglés á guardar cierta circunspección.... Más que esto, yo opino que en el Almirantazgo no se dió entero crédito á la Memoria del capitán Van-der-Zaane.... En fin, se me negó todo auxilio material; solamente me fué concedido que acompañase á la expedición, como testigo presencial, uno de los más distinguidos oficiales de la marina de guerra....

Aquí interrumpióse el inglés de pega para hacer un ceremonioso saludo á Mr. Francis O'Donnell. Éste se sonrió de equívoca manera.

IV.

—En vista de lo expuesto, determiné acometer por mí solo esta empresa, aunque sacrificase toda mi fortuna. Á mí entender, hállase interesado en este asunto el buen nombre de la Gran Bretaña, á la cual por los gloriosos antecedentes de su historia, por los dilatados países que posee, por la importancia de su comercio y de su industria le corresponde de hecho el dominio absoluto de los mares....

Los oyentes de Mr. Cróssbow, excepción hecha del teniente de navío, que permaneció impassible, asintieron con un movimiento de cabeza á las antedichas frases.

—Félix Ballesta—continuó diciendo el capitán inglés—no solicitó de su gobierno, en lo cual tuvo un sentido algo práctico, ayuda alguna; con sus propios recursos, que no sé cómo habrá arbitrado, procedió á organizar su expedición. Yo no me descomidí; adquirí en Londres esta goleta de hélice, de superior andar y excelentes condiciones maríneas, según he- mos ya tenido ocasión de ver; trasformé mi fragata

Gibraltar en buque de vapor, y diez horas despues que la expedición africana, quiero decir española, abandonaba el puerto de Algeciras, levábamnos nosotros anclas y nos hacíamos á la mar. Constantemente la hemos seguido hasta el momento en que una gran catástrofe ocurrida en uno de sus barcos la obligó á detenerse. De lo ocurrido hasta aquí en nuestro viaje estáis todos en autos; restáame aprovechar esta ocasión para exponer cuánto me complace la conducta que habeis observado en el recio temporal, que, por espacio de veinte ó más días, hemos sufrido. Supongo—añadió dirigiéndose á Mr. O'Donnell, qua el representante á bordo del Almirantazgo inglés se encontrará asimismo satisfecho....

—En verdad que sí—repuso el aludido—por más que no pueda decir otro tanto de la misión que me ha sido confiada....

—¡Rayos y truenos! ¿Qué decís?

—Digo, que mostrárame más complacido si los lores del Almirantazgo hubiesen hecho abstracción de mi persona para conferirle el honor de acompañaros....

—¡Por la Nueva Sion! Llenáisme de asombro....

—Tal vez hubiera sido más conveniente....

—¡Cómo! ¿Pretenderéis acaso discutir las órdenes del Gobierno de la Gran Bretaña.

—Sin discurrirlas—replicó con marcada frialdad mister Francis O'Donnell—tengo derecho á declarar que no es de mi agrado el servicio que ahora desempeño.

Juan Ballesta fijó escrutadora mirada en los ojos del teniente; pero éste la sostuvo con tan severa expresión, que aquel vióse obligada á bajar la vista. Casi pudiera decirse, sin temor á equivocarse, que aquellos dos ingleses no se entenderían ántes de mucho.

—Aparte los pormenores que preceden expuestos—prorumpió nuevamente el capitán Cróssbow—venágame ahora al objeto preferente que nos ha congregado aquí. Pero primero, brindad conmigo dos veces por la mayor gloria y fortuna de la vieja Inglaterra.

Y los graves hijos de la nebulosa Albion apuraron flemáticamente, una despues de otra, dos sendas copas del espirituoso licor confeccionado en la isla de Jamaica, ó fuera de ella, porque las falsificaciones abundan.

CAPÍTULO IV.

JOHN CRÓSSBOW Y EL TENIENTE DE NAVÍO.—PÁRROCO DE MR. O'DONNELL.—ACUERDOS ADOPTADOS.—ASALTO.—ESCENA POLAR.

I.

—Continuad, capitán—dijo en este momento mister Lewis Fox.

—¡Truenos y rayos! Voy á hacerlo inmediatamente. Nuestra situación, sin ser desesperada, tiene algo de comprometida y difícil. La tripulación se encuentra quebrantada por el duro temporal que nos ha asediado; además, algunos de nuestros hombres son ya víctimas del escorbuto. Respecto á la exploración,

hemos avanzado en el hemisferio occidental por el meridiano 20 hasta los 82° de latitud; infranqueable barrera de hielo al E. y al O., en más de cien millas nos ha interceptado el paso; observad ahora en el mapa que el derrotero del capitán holandés alcanza solamente hasta el punto á que hemos llegado nosotros; pero no es creíble que en el documento original quede interrumpida de ese modo la línea, que hasta el fin siguió en su derrota el ballenero Vander-Zaane; esto me hace suponer que en las copias que veís ahí fueron suprimidos ese y quizás otros preciosos detalles, lo cual no me admira que hiciese Félix Ballesta; es propio y digno de todo español semejante proceder. ¡Ah! ¡Voto á cien torbellinos! En medio de la civilización, el poderoso Reino-Unido de la Gran-Bretaña debiera colonizar, como lo ha hecho en la India, ese extremo meridional de Europa, denominado península Ibérica.....

Mister Francis O'Donnell prorumpió, casi á pesar suyo, en la más burlesca de las sonrisas.

—¡Voto á la Nueva Sion!—exclamó el inglés falsificado.—¿No opináis como yo en este asunto, mister O'Donnell?

El teniente de navío acentuó aún más su sonrisa, y repuso de esta manera:

—Creo que os sentís animado, capitán Cróssbow, en todo lo que concierne á España, de un marcado espíritu de hostilidad.

—¡Por la Nueva Sion! aunque así fuese, justificaría de sobra las condiciones excepcionales de ese país, en el cual el próximo contacto de la Europa civilizada apenas ejerce influencia alguna.....

—Exageráis, Mr. Cróssbow.....

—¡Truenos y rayos! Cualquiera que de buen inglés se precie.....

—También creo que en ese punto exageráis—exclamó con duro acento y chispeantes miradas el teniente de navío—Pues qué, ¿es acaso cualidad inherente en el amor patrio juzgar con altivo menosprecio á las demás naciones? ¿Es preciso para ser buen inglés, como vos decís, suponer que la fuerza, el poderío, la instrucción y las glorias de las pasadas edades residen sólo en el pueblo de la Gran-Bretaña? La península Ibérica, si hoy por accidentales causas manéstrase un tanto abatida, merece que se ennoblezca y distinga en los demás países por los honrosos antecedentes de su historia.

—Pláceme, ¡voto á la Nueva Sion! oír de los labios de un súbdito inglés tan cumplido elogio de España, cuyos habitantes se han distinguido siempre por su incultura y hábitos semisalvajes.....

—Buégoos, capitán—dijo flemáticamente mister Francis O'Donnell—que en mi presencia modereis, si no lo lleváis á mal, vuestras invectivas.....

—¿Os agravian tal vez?

—No soetan bien en mis oídos..... Gústame que la rectitud y la justicia resplandezcan en todas las cosas..... Además, yo he nacido en Irlanda.....

—Permitidme observar, Mr. O'Donnell, que esta última circunstancia nada explica.....

—Veo que siendo tan buen inglés, desconocéis algunas particularidades históricas de la Gran-Bretaña.....

—Pues, ¡truenos y rayos! ahora lo entiendo, menos.

—Sabrías si nó, que los irlandeses descendemos de una antigua colonia de españoles, que al mando de un jefe llamado Milesio aborció á nuestra isla, como mil años antes de Jesucristo; por este motivo á los que nacían en Irlanda denomináseles por mucho tiempo *milesianos*.

—¡Ah! celebro mucho..... Sois irlandés y tenéis en alta estima á vuestros antiguos progenitores..... Esta doble circunstancia me explica muchas cosas.

Con cáustica intención hubo de pronunciar los últimos conceptos el capitán del *Great-Britain*, cuando irguióse con fiero ademán el irlandés y exclamó:

—¿Qué quieren decir vuestras palabras?

—Nada, Mr. Francis O'Donnell; nada que pueda ofenderos—repuso con hipócrita deferencia el interpelado.

El teniente de marina, representante á bordo del gobierno inglés, mordióse los labios poseído, al parecer, de viva contrariedad.

II.

Ciertamente que la velada frase del gibraltareño encerraba injuriosas retenciones para el irlandés, porque de bastante tiempo atrás venía acentuándose, aunque de un modo latente y poco definido, la terrible enemiga, el irreconciliable antagonismo, que al presente impera á las claras entre Irlanda é Inglaterra.

Mister Lewis Fox, comandante del *Gibraltar*, y los pilotos del *Great-Britain*, John Smith, Jacob Mc. Nally y Cornelius Cooper, á fuer de buenos ingleses, dirigieron recelosas miradas al oficial irlandés.

Éste, recobrando su aplomo, dijo con autoritario acento al jefe de la expedición:

—Volvamos, capitán, al asunto que nos ha reunido aquí.

El tono imperativo de estas palabras soliviantó al bilioso temperamento del inglés *de pega*; pero, disimulando cuanto pudo su contrariedad, exclamó:

—Decís bien, ¡voto á la Nueva Sion! Concretando ahora á términos precisos el problema, manifestaré, que no hay forma de seguir adelante por el mismo meridiano, porque insuperables barreras de hielo nos lo impiden; que el derrotero trazado en la carta marítima concluye en este punto; que la tripulación de nuestros buques necesita algunos días de descanso; y que es preciso impedir á toda costa que la expedición enemiga, llámola así porque intenta lo mismo que yo me propongo, se nos adelante y obtenga el triunfo. Servirá manifestar vuestra opinión, mister Francis O'Donnell. Aquí tenéis la Memoria y los mapas explicativos del capitán holandés, por si necesitáis consultarlos.

—Pienso—prorumpió el teniente—que la catástrofe experimentada por una de las embarcaciones españolas habrá retenido, casi imposibilitado en muchos días su viaje; es de presumir también que hayan sufrido tan mal tiempo como nosotros, y en este

caso, ¿quién sabe lo que de ellas habrá sido! Conception que no debemos temer, al menos en algunos días, que dejen atrás nuestra expedición; ésta, lo diré siempre, abandonó muy pronto el puerto de Gibraltar. Hétenos aquí en pleno invierno austral, pues como no ignoráis, en estas regiones el mes de Noviembre corresponde al de Abril en el hemisferio septentrional; por esta causa el verano domina en toda su fuerza en los meses de Enero y Febrero; hasta esta época no se efectuarán los grandes deshielos, y sólo entonces, por algún paso desconocido hasta ahora, podríamos llegar al mar libre de que habla el ballenero Van-der-Zaane. Si el derrotero señalado en el mapa original termina á los 62° de latitud en el meridiano 20, como en la copia se expresa, es necesario convenir que el paso á que aludo antes se ha de encontrar siguiendo el mismo meridiano.

— Pero, ¡rayos y truenos! — objetó Mr. Cróssbow — y si en la copia ha sido intencionalmente suprimida una parte del derrotero, ¿qué hemos de hacer?

— Buscar el paso en la dirección indicada, y después al E. y al O. de la misma. No olvidemos de que los últimos exploradores de estas zonas australes, James Weddell en 1822, Benjamin Morell en 1823 con la goleta americana *Wasp*, y el ballenero John Briscoe en 1831 con el brich *Levely* y el cutter *Tula*, dejaron sin reconocer y explorar 300° de latitud, por los cuales ningún navegante ha pasado todavía el círculo polar antártico.

— ¿Y qué objeto podrían tener — preguntó el capitán gibraltareño — las precauciones de Baltasar Ballesta á su hijo para que cuando emprendiese este viaje de exploración, lo verificase, á más tardar, en la última quincena del mes de Setiembre?

— Píenso que si esa circunstancia constituye una condición precisa, lo cual me permito poner en duda, sólo tiene una explicación plausible....

— Decid, Mr. O'Donnell, decid.

— Encontrarse en altas latitudes con la antelación debida para aprovechar un momento favorable, una coyuntura feliz, que sólo en determinados casos, y quizás por breve tiempo, se presente.

— Pues siendo así, vuelvo á mi tema, ¿voto á la Nueva Sion! Algo falta en estos documentos; algo que nos daría la clave de este enigma, ó mucho me equivoco.

— ¿Quién sabe! — repuso fríamente el oficial de marina.

III.

Una hora larga de talle permanecieron aún reunidos en la cámara los personajes de quienes he hecho mención, discutiendo sobre otros puntos de alto interés, examinando las copias de los documentos que tenían á la vista, y adoptando de común acuerdo algunas disposiciones que se juzgaban indispensables.

Todos los presentes emitieron con entera libertad su parecer; Mr. Cróssbow no desahínó como tenía de costumbre, y por lo general; las opiniones del teniente de navío prevalecieron sobre las otras.

Entre los muchos acuerdos que se tomaron figura-

ban como los más importantes los siguientes: Que la goleta *Gibraltar* cruzase continuamente, hasta cierta distancia, mientras que un mal tiempo ó numerosos icebergs, hielos flotantes, no lo impidieran; en cuyo caso volvería al fondeadero de las islas Sandwich; que se construyese en tierra, previa consulta con el médico de á bordo, un barracon para que fuesen trasladados á él los hombres que se hallaban atacados del escorbuto, con lo cual obtendrían su restablecimiento en pocos días, y que á los marineros útiles se les ocupase en fuegos de gran fatiga para resistir la influencia del frío y promover la más rápida circulación de la sangre; á estas medidas higiénicas debía acompañar una alimentación más abundante y ropas de mayor abrigo.

Bajo la inspección del contramaestre William, trasladáronse á tierra el carpintero y algunos hombres de la tripulación, los cuales procedieron con algunos tablones y vergas de repuesto, que se sacaron de á bordo, á trazar y construir con gran solidez una espaciosa barraca que se terminó en dos días.

Inmediatamente fueron conducidos á ella los enfermos graves, que eran en número de doce y se les proporcionaron cuantos utensilios y comodidades eran posibles en aquellas circunstancias. Tres marineros provistos de armas, por lo que suceder pudiera, quedáronse también en el barracon al cuidado de los que padecían.

Se estableció el hospital, si se me permite decirlo así, en uno de los pequeños oasis en que estaba la tierra libre del sudario de hielo que en otras partes la cubría. Respirábase allí más saludable ambiente que á bordo de las embarcaciones, y con esto y el tratamiento ordenado por el físico, empezaron los enfermos á recobrar las fuerzas.

Administráronseles en sendas dosis dos enérgicos antiescorbúticos: el mosto de la cerveza y el zumo del limón.

IV.

Trascurrieron algunos días y ya habían entrado en el período de convalecencia los enfermos de las naves británicas, cuando cierta noche estuvo en un tris que no pareciesen de desastrosa manera.

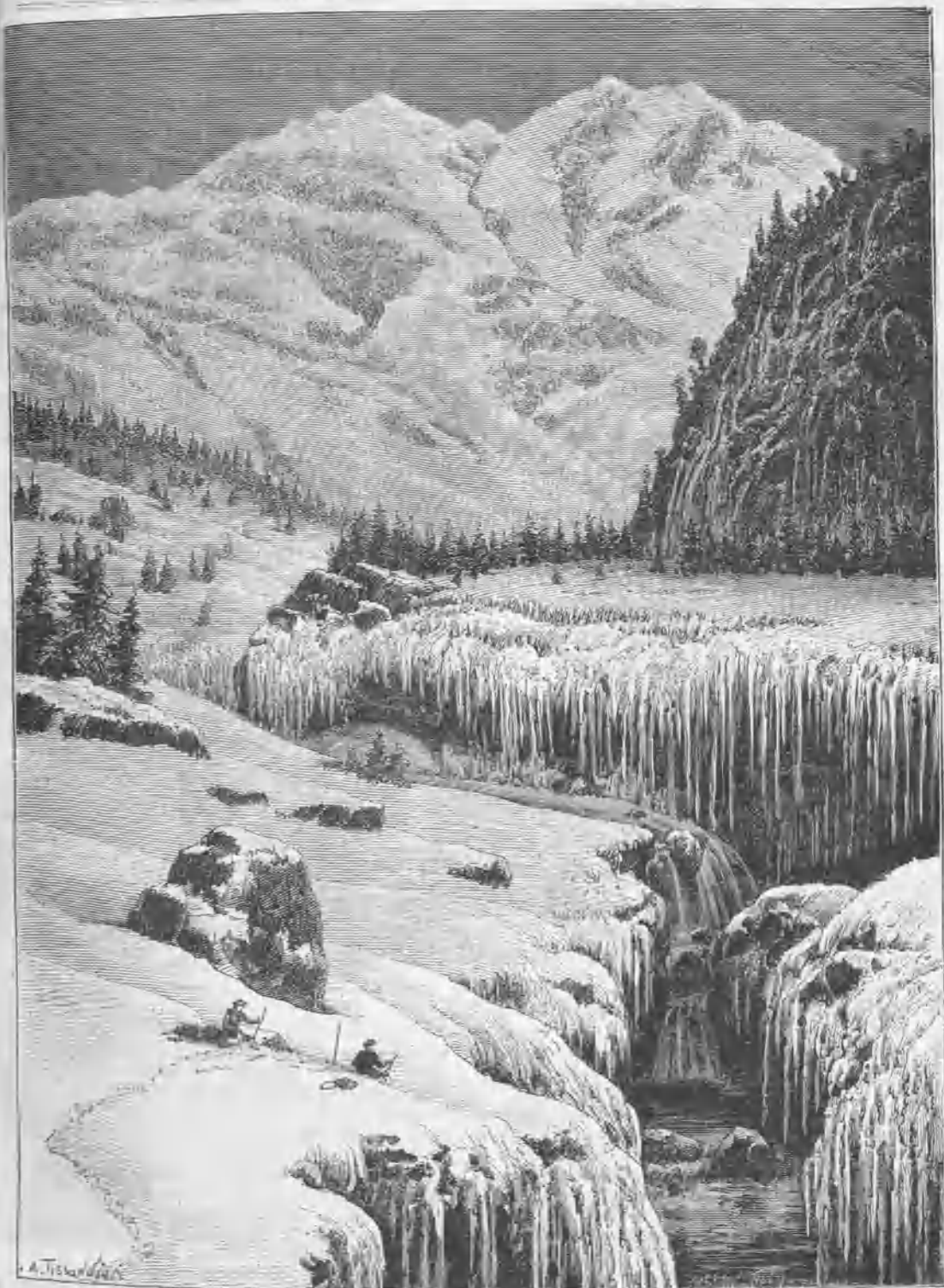
Hasta entonces ningún accidente extraordinario habíase ocurrido en su estancia en tierra. Por las noches, convenientemente atrancada la puerta y al dulce calor de un buen fuego, cuyo humo salía al exterior por un largo tubo de zinc, dormíase á pierna suelta los enfermos y dos de sus asistentes, porque el otro se quedaba de vigilante.

Eran los días de cortísima duración en aquella época del año, y por consiguiente, interminables las noches. En la que ocurrió el accidente á que aludo antes, era todo silencio y reposo dentro y fuera de la barraca.

El astro nocturno brillaba en el horizonte con mata blanca; la Cruz del Sur, acompañada de innumerables estrellas, despedía también desde el firmamento sus pálidos fulgores hácia las zonas glaciales del hemisferio meridional; apacible estaba el ambiente y no muy rigorosa la temperatura....

MUERTE DEL PRÍNCIPE DON CARLOS.





CASCADAS DE GAVARNIA.

El marinero que estaba de guardia en las horas medias de aquella noche era un inglés casi cuadrado, de piernas algo torcidas, de nariz pronunciada y de saltones ojos. Tendido al lado del fuego estaba, entreteniéndose en atizarlo alguna que otra vez, y en beber asimismo, á pequeños sorbos, el contenido de una botella que cerca de él se veía, cuando al ir á llenar su

pipa de tabaco, detúvose de repente y aplicó atento oído á los ruidos exteriores....

Oíanse extraños rúspidos y fuertes pisadas al rededor de la barraca. Storch, que así se llamaba el marinero, comprendió en seguida lo que aquello significaba; era de madura edad y había invernado tres veces en altas latitudes de las regiones hiperbóreas,



Storch disparó á boca de jarro los dos tiros de su pistola sobre la cabeza del oso.

Levantóse, y con la flemma característica de sus compatriotas, se puso á mirar por los intersticios de tablonés....

Al escaso resplandor de la luna vió dos osos blancos de espantable magnitud.... Rondaban en torno del barracón, aspirando las emanaciones que de él salían; introduciendo sus formidables uñas entre los escasos huecos que las tablas dejaban entre sí; apoyando sobre ellas, puestos de pié, sus enormes manos; golpeábanlas otras veces como para calcular la resistencia que les opondrían....

Aquellas temibles bestias no se daban un instante de reposo; acosadas, sin duda, por el hambre, iban y

venían con acelerados movimientos tanteando las partes débiles de las barracas. Pero las paredes de ésta se hallaban sólidamente construídas y á prueba de sus ataques.

El marinero Storch permanecía tranquilo observándolos. De esta suerte trascurrieron dos horas; si los intersticios de las tablas lo hubiesen permitido, el cuadrado Storch les habría enviado con su pistola de dos cañones algunas balas cónicas.

(Se continuará.)

MUERTE DEL PRÍNCIPE DON CARLOS.

Perseverando en nuestra promesa de reproducir los principales cuadros, tanto españoles como extranjeros, damos en este número una reproducción del magnífico lienzo de señor Gisbert, titulado *Muerte del Príncipe D. Carlos*.

La falta de espacio nos impide entrar en una descripción detallada del citado cuadro; pero creemos de todos modos que nuestros lectores verán con agrado el dibujo que hoy les ofrecemos.

CASCADAS DE GAVARNIA.

Entre las más bellas maravillas naturales de la Francia se puede citar el circo y las cascadas de Gavarnia en los Pirineos. Volviendo el célebre sabio Tissandier de un viaje al Pic du Midi, quiso llevar sus excursiones más adelante en las montañas y se decidió á visitar á Gavarnia. La nieve era entonces más abundante que de costumbre, el camino estaba cubierto de un magnífico tapiz de copos blancos.

Los caballos al poco tiempo empezaron á andar con dificultad. Llegaron al sitio más salvaje del camino. Desmontaron; luego, armados de los bastones, se dirigieron hacia el circo, siguiendo el Gave. Su marcha se hacía cada vez más penosa á medida que se aproximaban á las rocas altas, y algunas veces se hundían en la nieve hasta las rodillas.

Es muy curioso el efecto de perspectiva observado por los viajeros cuando van á Gavarnia; desde el pueblo se cree ver una inmensa muralla; aproximándose el aspecto cambia, la muralla se aleja, el inmenso telón de fondo que parece cerrar el horizonte se divide en mil planos diferentes; así es que el viajero desespera de llegar al fondo del circo.

En invierno el aspecto es aún más asombroso que en el estío; los inmensos acantilados, formados por altas gradas de rocas, casi desaparecen bajo la nieve.

Las caídas de agua que se ven en la primavera están reemplazadas por inmensos rastros de nieve fundida, y las cascadas del Gave están solidificadas en magníficas estalactitas de hielo.

LA TOMA DE GRANADA

Y EL SUSPIRO DEL MORO.

I.

¡Muros derruidos de mi ciudad de Granada; melancólico Alhucín que conservas aún los mezquitas moras convertidas en templos cristianos, abandonados palacios de la Horra y del Gallo de Viento; Alcazaba Kadima que debes á los vientos y á las lluvias de trescientos años, tu musgo verdinegro y tus cortinajes de hiedra; asombrosos jardines que concier-

tais con el murmurio de las hojas de nuestros árboles agitadas por las auras, el murmurio de las aguas de vuestras fuentes de alabastro labradas por el moro; barrios del Zenete de Aynadamar, del Hujeriz y de la Antequerna; e irregulares plazas, torcidas callejas, almarestanes (1) y aljámas; sombrías riberas del Darro, risueñas orillas del Genil, y tú, alcázar de delicias, joya de filigrana, de oro y colores, Alhambra encantada, maravilloso alcázar, creado por la voluptuosidad musulmana, y vosotras, torres Bermejas, murallas, torreones y castillos, volved á ser por un momento lo que fuisteis el día en que vuestro recinto torreado abrió sus puertas de hierro á los campeones de la Cruz; recoged vuestros escombros, poblaos de los seres que vivieron en nuestro recinto, arrancados de sus tumbas; dejadme que copie, mirándolos con los ojos del alma, el cuadro fantástico compuesto por la desventura de vuestros señores en aquel día memorable; dejadme que contemple toda la desolación, todas las tristeszas, todas las lágrimas, todas las amarguras de vuestros moros vencidos!

¡Ah! ¡yo cierro los ojos! ¡yo veo en un sueño terrible á Granada despertando para la afrenta y para el vencimiento!

¡Yo la veo apurando sola toda la hiel contenida en la copa de expiación de las razas vencedoras de España en Guadalete, por siete siglos de dominio sobre la noble tierra de España; por siete siglos de matanza, de sangre y de lágrimas!

Llegan hasta mí los gemidos de los cautivos cristianos que se apilan, que se revuelven, que lloran en fétidas mazmorras; veo el ruber, siento la desesperación y la agonía de la hermosa doncella castellana, que entre las grandezas, entre las maravillas de los perfumados retretes del harem, siente los pasos del impuro señor que se acerca; veo el resplandor del incendio de una y otra villa, y uno y otro campo de batalla cubiertos de cadáveres insepultos, cuyos despojos se disputan los buitres y los lobos, yo no te compadezco, Granada, porque estaba escrito que tú fueses la victima expiatoria de tantas desventuras, de tantas afrentas, de tantas lágrimas, de tanta sangre.

¡Levantaos de la tumba, yo os evoco, Boabdil el desdichado, Muza el valiente, Aixa la altiva, Zoraya la renegada, Morayma la infeliz, Reduan, Ali Alhar, Tarfe Venegas y Avancerrajes, Zegries y Gomeles: vosotros todos, rey y sultanas, y emires y alcaldes, y reques y caballeros; vosotras, tribus descendientes de los árabes y de los almohades y de los almorávides; los que buscasteis vuestro último baluarte en los rojizos muros de Granada, alzaos y venid en torno mio!

¡Mirad!

La cruz se eleva en lo más alto de Granada, en la Alhambra.

Mirad, vuestras mazmorras están vacías, vuestros harenes desierto.

Mirad aquella otra ciudad que también fué mora; es Toledo.

Mirad aquel templo cristiano. ¿Qué veis pendiente

(1) Hospitales.

de sus muros góticos? Cadenas y más cadenas, grillos y argollas. Son las prisiones, las ligaduras de los cautivos de Granada, clavadas como un voto de gracias al Altísimo en los muros de un templo erigido por los poderosos Reyes Católicos, vuestros vencedores.

Esa cruz que descuelga sobre vuestra soberbia Kasbi, esas cadenas clavadas en los muros de San Juan de los Reyes de Toledo, son el símbolo de vuestro vencimiento, son el glorioso testimonio de vuestra completa expulsión de España.

Y mirad más allá de la vega, más allá de la sierra, más allá de las Alpujarras, al otro lado del mar.

Un ejército español acampó sobre el África; ante él han caído multitud de vuestros descendientes.

Ese ejército va por las llaves de Granada, de Córdoba y de Sevilla, que guardan aún vuestros nietos, esperando volver á abrir con ellas las puertas de aquellas ciudades perdidas para ellos.

Ese ejército, en nombre de Dios y de la patria, va á cumplir la última voluntad de Isabel la Católica.

II.

El pasado aparece ante mí.

Y veo á Granada como fué el día dos de Enero de mil cuatrocientos noventa y dos.

Desde muy temprano, desde ántes del amanecer, se nota un movimiento desusado en la ciudad.

El intenso frío de la mañana ha erogado una niebla blanca y espesa, al traves de la cual se ven deslizarse sombras envueltas en blancos albornoces.

Estas sombras adelantan en grandes grupos.

En medio de estos grupos se ven acémilas cargadas, sillas de mano cerradas, conducidas por esclavos.

En las acémilas van oro, alhajas y ropas.

En las sillas de mano, en las literas, mujeres.

Son familias ricas granadinas que abandonan la ciudad con sus hermosuras y sus tesoros, temerosas de la codicia y de los excesos de los vencedores.

Entre estas familias ricas, se desliza alguna pobre, que conduce á sus mujeres envueltas completamente en sus haikes, sobre las jamugas de sus asnos, que corren más de lo que quisieran, castigados por sus dueños.

Parece que aquellos desdichados á quienes el miedo á la altivez destierra les tarda el verse al amparo de las ásperas breñas de las Alpujarras, y se apresuran por llegar á la única puerta que hay abierta en la ciudad: la del Bib-Lachar.

Una vez fuera de ella tomarán el camino de Dar-al-Huet, y á las pocas horas se encontrarán en las escabrosidades de la sierra.

No se ve un solo semblante.

Todos, como para evitar que se vean su tristeza y sus lágrimas, llevan cubidos los capuces de los albornoces.

Alguna vez, caminando lentamente, se ve un largo convoy de acémilas cuyas voluminosas cargas van cubiertas por ricos paños, magníficos caballos encubiertos, llevados del diestra por esclavos; carretas cargadas hasta lo alto, dejando ver riquísimos muebles; delante y detrás de este convoy van algunos

jinetes negros armados hasta los dientes, con las lanzas altas y los escudos en el brazo.

Aquel es un convoy Real, que conduce parte del magnífico mueblaje de la Alhambra y de otros alcazares Reales de Granada, acaso parte del tesoro del Chico.

Cuando los vencedores entren en Granada, encontrarán la Alhambra y los palacios del Rey desahucados, polvorientos, llenos de despojos inútiles, como casas desahucadas de prisa; las mezquitas sin kocabos encuadrados en seda y oro, sin sus lámparas preciosas; el vencido se lleva sus riquezas móviles; pero no puede llevarse sus maravillosos alcazares; en ellos encontrará el nuevo dueño las maravillas del arte oriental; los claros estanques, los bellos jardines, los misteriosos apartamentos, las magníficas cámaras, las esbeltas galerías, las fuentes cinceladas, las paredes enjadas de arabescos, de inscripciones, de versos; las cúpulas, semejantes á grutas de hadas, los techos de sándalos, de nácar, de oro y de marfil, los sonoros pavimentos de alabastros; los esmaltados mosaicos, los ajimeces calados como un velo de tul; los vencidos no han podido, no han tenido tiempo de marchar, de borrar, de afeer tanta belleza; ni se han atrevido á incendiar aquellos alcazares, aquellas mezquitas; acaso han tenido las iras del conquistador; acaso sus manos han arrojado á las aguas de una fuente la antorcha destructora, prefiriendo que el odiado vencedor goce de tanta hermosura á destruirla por sí mismos.

III.

La puerta de Bib-Lachar vomita incesantemente desterrados, que toman el camino de la sierra.

Un fuerte escuadrón desemboca al paso lento de sus caballos.

Entre una y otra fila, van multitud de hermosas literas.

Son las mujeres del haren del rey Boabdil.

La guarilla negra, asalariada, cierra la marcha.

Es cerca del mediodía y la puerta del Bib-Lachar se cierra también.

Granada está completamente cerrada.

Dentro de poco, la puerta Real se abrirá.

Por ella saldrá la corte, y entre la corte el Rey Chico, que irá á buscar al rey D. Fernando un poco más allá del sitio donde se unen el Durro y el Genil, junto al pequeño santuario de un morabito (1).

Es el lugar convenido para la entrega de Granada. Un vigía, colocado en la torre del Homonaje de la alcazaba de la Alhambra, debe avisar la llegada del ejército cristiano á aquel lugar.

Aunque hay mucha distancia, el reflejo del sol sobre las armas avisará al vigía.

Pero aún no ha llegado aquel momento.

El ejército cristiano cruza aún la vega circunvalando la ciudad.

Aquí y allí se ven fuertes escuadrones que se detienen y toman posición, como si, desconfiando de la fe sarracena, quisiesen éstos prepararse para una nueva batalla.

(1) Ermitaño, santón.

Y sin embargo, la ciudad, muda y desierta, no presenta indicio alguno de aquello.

Penetrarnos en la ciudad.

Recorramos sus calles.

Su soledad es espantosa.

Todas las puertas están cerradas.

No se escucha el más leve rumor.

Llega la hora de la oracion de adobar (1) y ni en un solo abanar se oye la voz del almudano, llamando á los fieles á la oracion con el grito de costumbre: «¡ No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta! »

Cualquiera podría creer al ver aquella soledad, aquel silencio, que la ciudad ha quedado completamente abandonada, que dentro de ella no hay más que casas vacías.

No: á pesar de los miles de habitantes que han huido de ella para refugiarse en las cercadas villas de las Alpujarras, centenares de miles de habitantes han quedado en la entonces popularísima Granada: no han tenido valor para abandonar el hogar donde han nacido, y muchos de ellos son demasiado pobres para soportar los gastos de un viaje; están escondidos en lo más retirado de sus casas, aterrados, llorosos: aquel silencio, aquella soledad, son una señal de luto y miedo.

IV.

Llega al fin un momento despues del mediodía, en que aquel silencio se rompe.

La campana de la Alhambra da una tras otra y con sonido grave y lúgubre treinta y dos campanadas.

El vigía de la torre del homenaje de la alcazaba de la Alhambra ha visto reducir bajo el sol, que hace algunas horas ha aparecido, disipando la fría niebla, en un cielo diáfano, las armaduras del ejército cristiano.

Cumpliendo el encargo ha arrojado al espacio la vibración, en aquellos momentos solemne y terrible, de la campana de guerra de la Kaaba.

Y los habitantes de la ciudad, y los de la vega, y los de la montaña, se estremecen al escuchar el sonido de la campana.

Ha llegado la hora.

Granada va á dejar de ser musulmana.

En la gran cámara del Moxar (2), donde la corte (esto es, el rey Boabdil, su madre la sultana Aixa la Horra (3), los vaciros, los alimes y los caballeros dispuestos á seguir al Rey) espera silenciosa la señal que ha de llevarla á la humillación, al rendimiento; aquel sonido es una señal de dolor: los semblantes palidecen, los ojos se llenan de lágrimas, menos los de la sultana Aixa que destellan un relámpago de cólera, y el desdichado Boabdil toma de mano de uno de sus servidores, que se la presenta de rodillas en una bandeja de oro, la corona de Granada, que el

triste Rey se cibe por última vez con las manos trémulas y frías.

Todavía es rey, y aquella corona es una irision, una humillacion, una amarga burla del destino ceñida á su cabeza.

V.

La corte se pone en movimiento.

En la gran plaza de armas del Alcázar, dos valies presentaban al Rey su inútil corcel de batalla, en el que monta, sirviéndole de estribo la rodilla de uno de sus caballeros.

La sultana Aixa ocupa su ostentosa litera, cuyas cortinas de brocado corre por sí misma la Sultana de una manera nerviosa; los demás caballeros cabalgan; las hojas de hierro de la puerta Judiciaria se abren con estruendo, y el Rey y la Sultana, y su corte pasan entre la guardia silenciosa, que rinde á Boabdil sus últimos honores, y permanece allí para recibir al Conde de Tendilla y al cardenal Mendoza, que con el pendon Real de los Reyes Católicos y el pendon de la Fe, resguardados por un buen golpe de arcabucría castellana, llegarán á tomar posesion de Granada.

Entónces los soldados moros dejarán su lugar á los soldados cristianos, arrojarán sus armas y se dispersarán, marchando á sus casas.

VI.

Entre tanto el Rey traspasa la puerta de Bib-Leujer, descendiendo por la calle de los Gemelos, y atravesando la Plaza Nueva, se aventura en el estrecho Zacatín.

Los añabiles, las dulzainas, los tímboles y las atabalcáras de su guardia africana resuenan en altos alaridos, como si en vez de caminar hácia la ignominia, fuesen á buscar la gloria en el combate.

Y al atravesar las calles se abre alguna ventana y asoma algun semblante lacrimoso ó cólerico.

Y ya es una mujer desolada y llorosa, que grita:

—¡Maldito seas, Rey! ¿Para qué se ha quedado allá en la Vega el amor de mi alma?

Ya es un viejo que dice:

—¡Maldito de Allah vayas, cobarde, y de mala muerte mueras! ¿Por qué he perdido mis hijos en batalla, si habia de ver este día?

Y cada vez que el Rey escucha una de estas maldiciones, y tras ella el violento cerrarse de una ventana, clava los acicates en los flancos de su bridon de batalla, que bufa y se encabrita, como lanzando una nueva maldicion al Rey.

Al pasar por Bib-Rambla la opresion del alma de Boabdil crece; aquel es el lugar de las cañas y de las sortijas, y de los torneos, y de las fiestas de toros, y es también el lugar de los motines.

La Puerta Real se abre.

Boabdil, su madre, su corte, están ya fuera de la ciudad, á la que no deben volver,

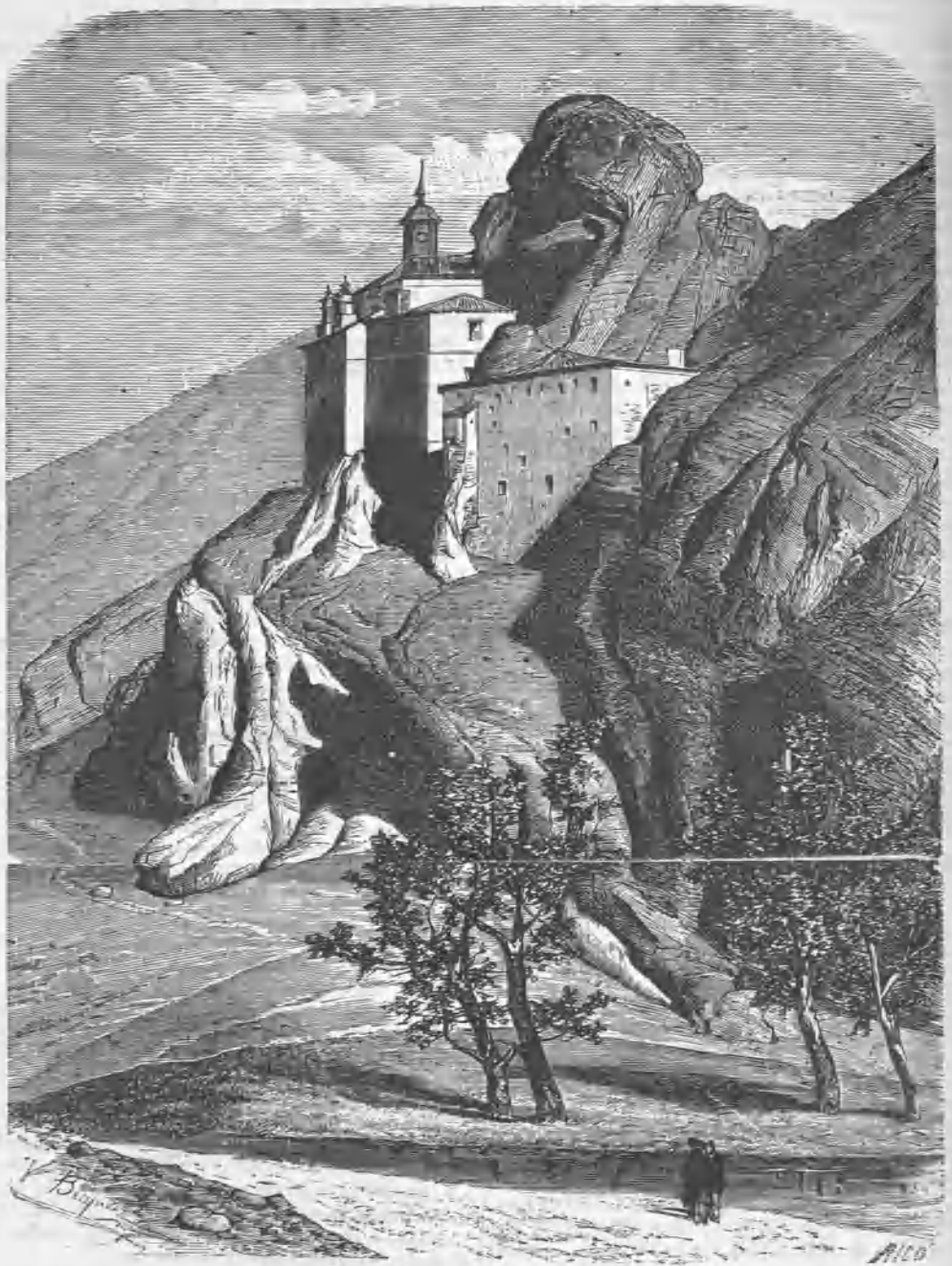
Se deslizan á lo largo de los muros, dejando atras el castillo de Bib-Ataubin, atraviesan el puente de Genil....

Á un tiro de ballesta, D. Fernando el Católico espera inmóvil como una estatua.

(1) De mediodía.

(2) Del Consejo: hoy aquella sala se conoce con dos nombres, de Embajadores y de Comares; es uno de los más hermosos salones de la Alhambra, y significa por su extension, por su altura y por la magnificencia de su ornamentacion.

(3) La Hórrata.



LA ERMITA DE SAN SATURIO.

Tras él, en escuadron cerrado, se agrupan sus caballeros, sus banderas, sus jinetes, sus peones, el ejército de Castilla.

Fernando V adelanta su caballo, y poco despues, los dos Reyes, el vencedor y el vencido, se encontraron.

Los dos Reyes descabalgaron á un tiempo, y el de Granada hizo ademán de arrodillarse ante Fernando.

Pero el generoso conquistador no se lo permite.

Entónces Boabdil el Desdichado le dijo, señalándole las llaves de Granada, que uno de sus vovaires, arrodillado, presentaba al Rey Católico:

—Tuyos somos, Rey poderoso y ensalzado: esta ciudad y reino te entregamos, que así lo quiere Allah, y confiamos que usarás de tu triunfo con elementalidad y generosidad.

Los sellos sofocaron las palabras del Rey vencido, y á pesar de que consolándole Fernando le instó para que volviese á Granada, montó á caballo, y seguido de su madre y de cincuenta de sus mejores caballeros, tomó á gran prisa y anegado en lágrimas el camino de las Alpujarras.

Entre tanto el visir Aben-Comixas entregaba en la puerta de la Torre de los Siete Suelos las llaves de la Alhambra al Conde de Tendilla, y poco despues éste tremolaba el pendon Real de los Reyes Católicos (1).

(Se continuará.)

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

LA ERMITA DE SAN SATURIO.

En el número 9 de nuestra publicación insertamos un dibujo del insigne Valeriano Becquer, titulado *El Santero*, como complemento publicamos hoy la vista de la ermita de San Saturio, patron de Soría.

La ermita tiene dos entradas, una abierta en la peña viva, que conduce á las habitaciones del santero, y otra que se dirige al pórtico del templo dando vueltas por la sinuosidad de la sierra.

Dicha ermita, que goza de gran celebridad en toda la provincia, es más notable por su pintoresca situación que por su mérito artístico.

Colocada entre rocas á la falda de una escarpada sierra, mirándose en las aguas del Duero, que corre á sus piés, las líneas sencillas de su fábrica exterior armonizan con el accidentado fondo sobre que se destaca. El interior no ofrece nada de notable.

(1) En la época de la conquista de Granada no tenían aún este dictado D. Fernando y Doña Isabel: casualmente por esta conquista les concedió este título el papa Alejandro VI. Nosotros los llamamos Reyes Católicos, porque con esta calificación se les reconoce por creyentes. Se habrá notado también que en este escrito establecimos que en tiempo de los moros había una campana en la torre de la Vela, á más ni menos que hoy. No faltará quien diga al leer esto: el autor ignora que los moros no usaban campanas; es cierto; no las usaban en sus templos; llamaban á la oración por medio de las voces de sus muecas; pero el que no las usasen para sus actos religiosos no prueba que no las dedicasen á otros usos. Aquella campana servía, como ahora, durante la noche, para llamar á los labradores de la vega las horas del riego, y para tocar á arrebato, para llamar á las armas; los labradores cristianos siguieron las costumbres de los labradores moros, porque tuvieron que adoptar por necesidad en mismo sistema de riego.

LA DÉCIMA DUQUESA DE GÉNOVA.

La historia de esta bestia, así como la de sus ascendientes, es tan poco conocida como digna de interés.

La tradición hace remontar el origen de esta familia á una casta de ganado que poseyeron durante siglos los descendientes del Duque de Northumberland; pero los datos actuales proceden del siglo XVIII, cuando uno de los ascendientes de esta vaca pasó á poder de monsieur Culling, de Ketton Durham, uno de los creadores de la casta *shorthorn* (de cuernos cortos).

La primera duquesa fué vendida en 26.000 francos, y de ésta, siguiendo directamente la línea femenina, nacieron las demás duquesas que han conseguido diferentes premios de honor concedidos por la Sociedad Real de Agricultura de Inglaterra y que han sido las vendidas á precios más caros.

La décima duquesa fué adquirida para el Conde de Bective, por Mr. Berwick en la cantidad de 35.000 dollars (180.250 francos), muerta hace poco más ó ménos de seis años; nuestro grabado está tomado de su misma cabeza diseada.

PERLAS Y AVELLANAS.

CUENTO ORIENTAL.

Muley Hazem por el desierto cruza;
Rojas las umbes son, fuego la arena,
Y muerta de hambre y de fatiga, el moro
Junto á una palma llega.

Restos de alguna caravana errante
Que por allí pasó loco contempla,
Y algo que alivia el torcedor del hambre
Busea y no encuentra.

En torno gira los ardientes ojos,
Descubre un saco, rápido lo observa,
Y creyéndole lleno de avellanas
A desatarlo empieza.

¡Alá es grande—decía—y cuando el fruto
Que él esperaba, por el suelo rueda,
Exclamó con dolor:—¡No hay avellanas!
¡Sólo son perlas!

LUIS RIVERA.

REFRANES.

Por echarla de espléndido Ramon,
De once varas compróse un camión;
Salió á la calle, y en la calle misma
Pisó el faldón y se rompió la crisma.
Esto enseña, lector, si bien reparas,
A meterse en camisa de once varas.



LA DÉCIMA DUQUESA DE GÉNOVA.

JERoglÍFICO.



La solución en el número próximo.

Solución á la charada del número anterior.

AVENIDA.

SUMARIO.

GERANDES.—Muerte del Príncipe Don Carlos.—Cascadas de Gales.—La armada de San Salar.—La décima Duquesa de Génova.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TICRO.—Keratan el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco, Luis Bonassand.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y capiteles en el Polo Sur, Morton Pym.—Museo del Príncipe Don Carlos.—Cascadas de Bavaria.—La tumba de Graciosa y el suspiro del moro, por Manuel Pomarino y González.—La veleta de San Salar.—La décima Duquesa de Génova.—Poesías y canciones, por Luis Rivera.—Refranes.—Sección á la charada.